

“No podemos ni debemos permanecer impasibles”: las oaxaqueñas en la Revolución de 1910

Francie R. Chassen-López*

Resumen: Puesto que Oaxaca se consideró el último reducto porfirista, sus mujeres rara vez han figurado en los estudios recientes acerca de su papel y el del género en la Revolución mexicana. Este artículo, sustentado en fuentes primarias y en los periódicos de la época que dejaron constancia de las actividades y contribuciones de las oaxaqueñas desde el movimiento precursor de 1901 hasta la década de 1920, demuestra su presencia en cada fase de la Revolución. Se exploran los casos de varias mujeres de diferentes clases sociales y distintas regiones del estado.

Palabras clave: Revolución mexicana, género, precursoras, sufragistas, soldaderas, porfiristas.

Abstract: Because Oaxaca was considered the last stronghold of support for Porfirio Díaz, women from the state have rarely been mentioned in recent studies of the role of women and gender in the Mexican Revolution. This article, based on primary sources and newspaper accounts, traces their activities from the precursor movement of 1901 to the 1920s, and leaves no doubt that they were present in every aspect of the Revolution. It explores the experiences and contributions of women from diverse social classes and regions of the state who were involved in both revolutionary and counterrevolutionary politics. Particularly noteworthy are the local suffragettes' bold demand for the right to vote, the short-lived reign of a Mixtec queen in 1911, and the moving stories of the *soldaderas* from Juchitán.

Keywords: Mexican Revolution, gender, precursors, suffragettes, *soldaderas*, Porfirio Díaz supporters.

Fecha de recepción: 11 de octubre de 2016

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2017

Dedicada a la memoria de nuestra querida amiga y magnífica historiadora Dolores Pla Brugat, a quien extrañamos tanto y que hace mucha falta a Historias

En los últimos años se ha investigado a fondo la actuación de las mujeres en la Revolución de 1910 con tal de rescatarla del olvido y restaurarla a la historia.¹ Sin embargo, raras veces

aparecen las oaxaqueñas en esos estudios. Como estado nativo del dictador, Oaxaca ha sido tildado de porfirista, reaccionario, atrasado, pasivo y marginado de las corrientes revolucionarias.

* Departamento de Historia, Universidad de Kentucky.

¹ La obra pionera en este campo fue la de Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 1961. La siguieron, entre otras: Frederick C. Turner, “Los efectos de la participación femenina en la Revolución de 1910”, *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 4 (64), abril-junio de 1967, pp. 603-620; Anna Macías, “Women in

the Mexican Revolution, 1910-1920”, *The Americas*, vol. 37, núm. 1, julio 1980, pp. 53-82; de la misma autora, *Against All Odds: The Feminist Movement in Mexico to 1940*, Londres, Greenwood Press, 1982; Shirlene Soto, *Emergence of the Modern Mexican Woman: Her Participation in Revolution and Struggle for Equality 1910-1940*, Denver, Arden Press, 1990; Elizabeth Salas, *Soldaderas in the Mexican*

Si bien nuevas investigaciones han desmentido las versiones convencionales para presentar una visión más compleja y demostrar los diversos modos en los que los oaxaqueños participaban o se opusieron a la Revolución, esas obras raras veces mencionan a las mujeres.² Todavía

Military: Myth and History, Austin, University of Texas Press, 1990; Martha Eva Rocha, *El álbum de la mujer: antología ilustrada de las mexicanas*, México, INAH, 1991, vol. 4. *El Porfiriato y la Revolución; Las mujeres en la Revolución mexicana 1884-1920*, México, INEHRM, 1992; Ana Lau y Carmen Ramos, *Mujeres y revolución, 1900-1917*, México, INEHRM / INAH / Secretaría de Gobernación, 1993; Katherine Elaine Bliss, *Compromised Positions: Prostitution, Public Health and Gender Politics in Revolutionary Mexico City*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2002; Susie Porter, *Working Women in Mexico City: Public Discourses and Material Conditions, 1879-1931*, Tucson, University of Arizona Press, 2003; Jocelyn Olcott, *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press, 2005; Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (eds.), *Sex in Revolution: Gender, Politics, and Power in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 2006; Stephanie Mitchell y Patience Schell (eds.), *The Women's Revolution in Mexico, 1910-1953*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield, 2007; Stephanie J. Smith, *Gender and the Mexican Revolution: Yucatan Women and the Realities of Patriarchy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009; Fabiola Coutiño (coord.), *La participación de la mujer poblana en la Revolución Mexicana*, Puebla, Congreso del Estado de Puebla, 2010; María Teresa Fernández Aceves, *Mujeres en el cambio social en el siglo XX mexicano*, México, CIESAS / Siglo XXI, 2014; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía: veteranas de la Revolución mexicana, 1910-1939*, México, INEHRM / INAH, 2016; Jean Bethke Elshtain, *Women and War*, Nueva York, Basic Books, 1987.

² Sobre la versión convencional, véase Francie R. Chassen-López, "Una lectura insurgente: Oaxaca en la historiografía del Porfiriato y la Revolución", en Jaime Bailón Corres, Carlos Martínez Assad y Pablo Serrano Álvarez (eds.), *El siglo de la Revolución mexicana*, México, INEHRM, 2000, 2 vols., pp. 445-459. Las siguientes obras presentan una visión más compleja de Oaxaca: Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *La Revolución en Oaxaca, 1900-1930*, México, Instituto de Administración Pública de Oaxaca, 1985; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca: el movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, FCE / UNAM, 1986; Héctor Gerardo Martínez Medina y Francie R. Chassen-López (comps.), *Testimonios de la revolución maderista en el estado de Oaxaca*, Oaxaca, Casa de la Cultura Oaxaqueña / Instituto de Investigaciones en Humanidades de la UABJO, 1987; Francisco Ruiz Cervantes (comp.), *Manifiestos, planes y documentos políticos del Oaxaca revolucionario, 1910-1920*, Oaxaca, Casa de la Cultura Oaxaqueña, 1987; Paul Garner, *La Revolución en la pro-*

falta examinar y reconocer el papel que desempeñaron las oaxaqueñas en esos años cruciales. Éste es, entonces, el objetivo del presente estudio, que es el primero que trata el tema. Aquí se verá que las oaxaqueñas de todas las clases sociales participaron de múltiples maneras en la Revolución. Hubo oaxaqueñas en casi todas las corrientes, desde los precursores hasta los carrancistas y obregonistas.

Rescatar esa historia no es tarea fácil; rara vez aparecen las mujeres en las fuentes, que en estos años fueron escritas casi exclusivamente por hombres. Como asentó Margarita Dalton: "Existe una ideología y una forma patriarcal de acercarse hacia la historia, ésta es la tradición. La tradición es que los hombres consideren que hablar de historia es hablar de la historia del hombre".³ Las referencias a mujeres son pocas y escuetas. Aquí se ha acercado al tema, sobre todo, a través de los periódicos existentes de la época que resultaron ser la fuente más rica, aunque las colecciones no son completas en ningún lado. Por eso, como se encontró más información para 1911, se pudo profundizar más en los acontecimientos de ese año. Como bien se sabe, las fuentes para los años más álgidos de la Revolución son dispersas y fragmentarias. Con frecuencia, lo primero que hicieron los revolucionarios al llegar a un lugar era quemar los archivos del gobierno, papeles que se creían, con mucha razón, se habían usado en su contra.⁴

vincia: soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920), México, FCE, 1988; Anselmo Arellanes Meixueiro et al., *Diccionario histórico de la Revolución en Oaxaca*, México, INEHRM / UABJO, 2000; Patrick McNamara, *Sons of the Sierra: Juárez, Díaz, and the People of Ixtlan, Oaxaca: 1855-1920*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007; Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo y la Revolución: la perspectiva del sur*, México, 1867-1911, Oaxaca, UABJO / Comisión Centenaria del Gobierno del Estado de Oaxaca / UAM-Iztapalapa, 2010. Precisamente al escribir este último libro cuya primera edición, en inglés, salió en 2004, constaté el olvido de la mujer en la historia de Oaxaca (con unas pocas excepciones). Esto me inspiró a seguir investigando su historia.

³ Margarita Dalton Palomo, "Mujeres olvidadas del Bicentenario", *Noticias*, Oaxaca, 12 de septiembre de 2010.

⁴ También el presente trabajo es un primer acercamiento al tema y forma parte de un estudio en proceso que

En contraste con la imagen tradicional y reaccionaria, hay que recordar que a mediados del siglo XIX Oaxaca era la cuna del liberalismo mexicano; estado natal de dos presidentes —además de varios políticos destacados— liberales por excelencia. Sin duda, Juárez y Díaz forjaron la nación liberal. Esto no niega que durante el Porfiriato hubo también un catolicismo ferviente, tradicional en los pueblos y social progresista bajo la batuta del obispo Eulogio Gillow en la ciudad de Oaxaca.⁵ Por lo tanto, no debe sorprender encontrar mujeres defendiendo ambas corrientes. Por otro lado, también hay que recordar que durante el porfirismo, Oaxaca vivió un periodo de considerable prosperidad. La construcción del Ferrocarril Mexicano del Sur conectó la capital estatal con las ciudades de Puebla y México, rompiendo el aislamiento del estado. La terminación del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec así como el de Veracruz al Istmo de Tehuantepec unió esa región geoestratégica con el centro del país; incluso, se esperaba que el istmo emergiera como un puente internacional de comercio. Esas vías ferroviarias y sus ramales, así como una creciente inversión nacional y extranjera, estimularon un *boom* minero y el florecimiento de cultivos comerciales como el café, el tabaco, la caña de azúcar y el hule, así como la ganadería. Al mismo tiempo, el terreno sumamente accidentado del estado obstaculizaba su integración tanto política como económica. Dividido en siete regiones a principios

busca investigar la actuación de las oaxaqueñas en las guerras entre 1810 y 1920. Pienso seguir esta línea de investigación para rescatar otras fuentes sobre su actuación durante la Revolución. Ya he publicado dos avances de este estudio: Francie R. Chassen-López, “Guerra, nación y género: las oaxaqueñas en la Guerra de los Tres Años”, en Celia del Palacio (coord.), *México durante la Guerra de Reforma, t. II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2011, pp. 97-137; Francie R. Chassen-López, “Las hijas de Oaxaca: las mujeres liberales en las guerras de Reforma y de Intervención francesa, 1857-1867”, en Carlos Sánchez Silva (coord.), *La ciudad de Oaxaca: pasado, presente y futuro*, México, UABJO, 2016, pp. 265-295.

⁵ Véase Edward Wright-Ríos, *Revolutions in Mexican Catholicism: Reform and Revelation in Oaxaca, 1887-1934*, Durham, Duke University Press, 2009.

del siglo XX (ahora son ocho), la Sierra Juárez, la Cañada, los Valles Centrales, el Istmo, la Costa, la Mixteca y la Cuenca del río Papaloapan (a veces llamado Tuxtepec), las grandes sierras que cruzaron el territorio oaxaqueño no sólo dificultaron la integración sino que también protegieron la cultura de las dieciséis etnias indígenas (figura 1).

De una población de 753 540 habitantes en 1878, se calculó que 77% era indígena, 18% mestiza, 3% negra y 2% blanca. Para 1910, la población había aumentado a 1 040 398 habitantes y se estimó que 49% de ellos hablaban lenguas indígenas.⁶ Como el resto del país, muchas partes de Oaxaca —pero no todas— vivían los efectos de la modernización durante el régimen del “orden y progreso”. Y también, como en otras partes del país, emergió una pequeña clase media, que para principios del siglo XX exigía una voz política y se unió al renacimiento del liberalismo juarista (figura 2).

Las precursoras

En enero de 1901 un grupo de mujeres de Cuicatlán, en la región de la Cañada, entre ellas Adelina Figueroa de Odriozola, Margarita Escalante y Tirsia Palacios, respondieron al llamado de los Liberales de San Luis Potosí. Con entusiasmo contestaron a sus “compatriotas liberales potosinos” y a una declaración hecha por las “distinguidas damas de Zitácuaro” y se proclamaron a favor del credo liberal. En un

⁶ Siempre hay que dudar de la validez de la estadística porfiriana, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo...*, p. 63; Moisés González Navarro, “Indio y propiedad en Oaxaca”, *Historia Mexicana*, vol. 8, núm. 2 (30), octubre-diciembre de 1958, p. 176. Los 16 grupos étnicos son los amuzgos, chatinos, chinantecos, chochos, chontales, cuicatecos, huaves, ixcatecos, mazatecos, mixes, mixtecos, nahuas, popolocas, triquis, zapotecos y zoques. Para el estudio detenido de la geografía, demografía, economía y política oaxaqueña durante el porfirismo, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el Liberalismo...* Hoy en día, la octava región se conoce como la sierra Sur.

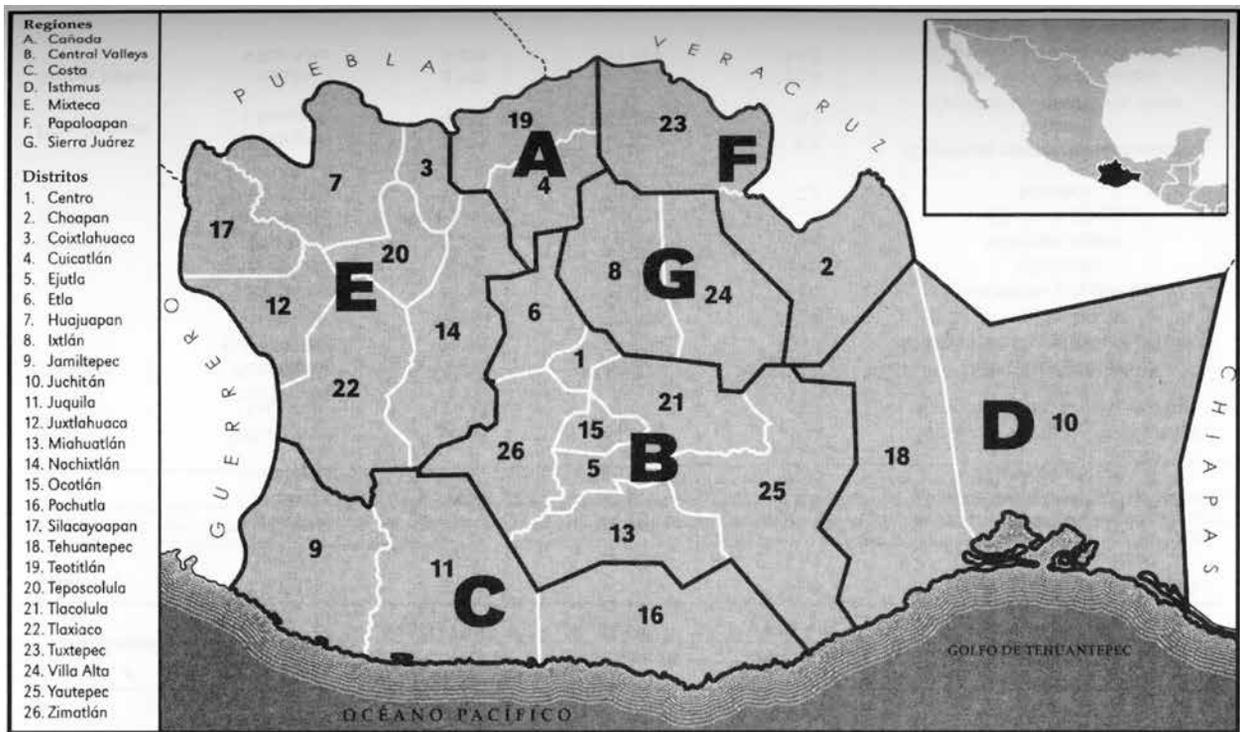


Figura 1. Mapa de las regiones y distritos en que se dividía el estado de Oaxaca al comenzar el siglo XX. Fuente: Antonio García Cubas, *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República mexicana*, México, Imprenta Murguía, 1903.

osado manifiesto, las cuicatecas⁷ se secundaron decididamente a la cruzada anticlerical que levantaba de nuevo la bandera de la Reforma juarista ante la creciente influencia de la Iglesia a finales del Porfiriato. Afirieron:

La mujer mexicana, que ha sido hasta hoy el instrumento de torpes pasiones y el valladar infranqueable para el violento desarrollo del progreso, por efecto del virus canceroso infiltrado hipócritamente por el fanatismo religioso, es la que, como las heroínas boeras para arrojar al invasor, debe levantarse unida y resuelta a combatir el clericalismo, como el enemigo más artero y temible

⁷ Aquí “cuicatecas” refiere a los habitantes del pueblo de Cuicatlán. También se usa para referir al grupo indígena cuicateco.

de nuestra honra, de nuestra conciencia, de nuestra familia y de nuestra patria.⁸

Algunas de las firmantes de esa declaración eran esposas y parientes de los miembros del Club Liberal Regenerador Benito Juárez de Cuicatlán, que se había fundado unas semanas antes, el 12 de diciembre de 1900. Encabezado

⁸ Adelina Quintero Figueroa, “La trayectoria política de Rafael Odriozola, primer liberal oaxaqueño”, *Historia Mexicana*, vol. 26, núm. 3 (103), enero-marzo de 1977, pp. 465-467. También firmaron: Petrena Velasco, Dolores López, Herlinda Figueroa, Ernestina Figueroa, María López, Manuela Añas, Delfina Figueroa, Carlota Heras, Adelaida Heras, Sofía Carrera, Guadalupe Carrera, Valeria Barrientos, Luz G. de Rojas, Flora García, Dolores García de Miravet, Delfina Urda de Velasco, Elisa Velasco, Raquel Velasco, Natividad Urda, Consuelo Palacios, C. M. de García Terrón y Gertrudis Heras. Para la participación de mujeres en otras partes del país, véase Ana Lau y Carmen Ramos, *op. cit.*, pp. 355-357.

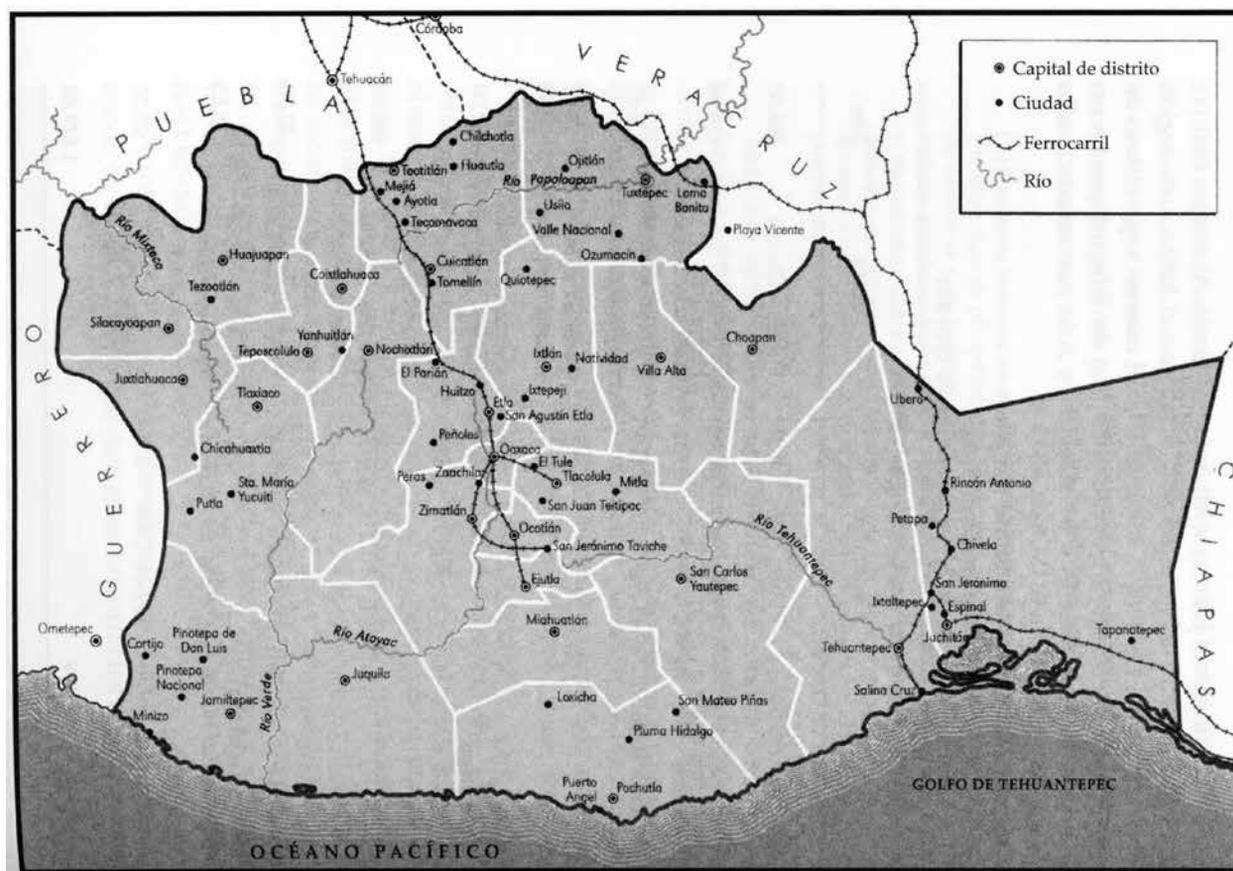


Figura 2. Mapa de las capitales de distrito, poblaciones y ferrocarriles. Fuente: Antonio García Cubas, *Atlas metódico para la enseñanza de la geografía de la República Mexicana*, México, Imprenta Murguía, 1903; *The Mexican Yearbook: A Statistical, Financial, and Economic Annual*, Londres, McCorquodale & Co., 1909-1910.

por Benjamín L. de Guevara, Rafael Odriozola y José Escalante, los miembros del club eran de clase media, en su mayoría pequeños comerciantes y agricultores. Ellos juraron “propagar entre las masas populares los principios democráticos para regenerarlos del bárbaro estado en el cual —a la sombra de nuestra indiferencia política— el partido infame y retrógrada ha tratado de hundirlos”. Odriozola mantenía una animada correspondencia con otros liberales radicales en el país, incluyendo a Filomeno Mata, Roque Estrada y los hermanos Flores Magón.⁹ Pero a

⁹ *Ibidem*, pp. 456-468. Sobre los precursores en Oaxaca, véase Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el libe-*

pesar de su activismo en la esfera pública, las cuicatecas todavía aseveraron que la mujer debía “cumplir con su sagrada misión de esposa y madre, dando envidiables ejemplos del heroísmo...

..., pp. 554-559, y “Los orígenes de la Revolución en Oaxaca: juarismo y porfirismo contra precursores y revolucionarios”, *Eslabones*, núm. 5, 1993, pp. 118-137. El Club Liberal de Cuicatlán mandó representantes, entre ellos Odriozola, al Primer Congreso Liberal celebrado en San Luis Potosí en 1901. Cabe estacar que este club oaxaqueño nació en un lugar con un activo núcleo protestante y varios de sus integrantes profesaban esa religión. La ciudad de Zitácuaro, en Michoacán, también tenía una población activa protestante que nos lleva a especular sobre el origen del vínculo entre las mujeres de Cuicatlán y Zitácuaro.

mo, como doña Josefa Ortiz de Domínguez y formando ilustres ciudadanos, como Ocampo, Ramírez, Degollado, Lerdo de Tejada [...]”. Además, no firmaron como miembros del club ni hicieron un manifiesto conjunto con los hombres, sino que separado del de ellos.

En la capital estatal, se fundó la Asociación Juárez el 17 de mayo de 1901. Originalmente organizada con el propósito de conmemorar anualmente la muerte de Benito Juárez, para 1905 se había radicalizado; se convirtió en un centro de oposición al gobernador, Emilio Pimentel (miembro del grupo elitista porfirista de los *científicos*). La Asociación Juárez, integrada por personas de la clase media y clase trabajadora (abogados, médicos, tenderos, maestros, ingenieros, farmacéuticos, tipógrafos y artesanos), emergió como el núcleo de la oposición con miembros en varios distritos del estado, pero no se permitía ni una mujer entre sus filas. Además, su periódico, *El Bien Público*, que informaba de los abusos y corrupción dentro del estado, demostró poco interés en la condición de la mujer oaxaqueña.

Los abusos y arbitrariedades de los gobernantes porfiristas locales y estatales galvanizaron a la oposición en todo México, sobre todo a partir de 1905. Ante la posibilidad de una reelección de Pimentel en 1906, en Oaxaca también se movilizó la oposición, que, como en otros lados del país, se iba dividiendo entre moderados y radicales. Los primeros preferían protestar contra los abusos locales, mientras que los últimos también se declararon en contra del presidente Díaz y muchos de ellos se volvieron partidarios de los hermanos Flores Magón. Nacidos en San Antonio Eloxochitlán, en el distrito de Teotitlán en la Cañada, Oaxaca (aunque cuando eran jóvenes se mudaron a la Ciudad de México para estudiar), los Flores Magón, tal vez los precursores más destacados en todo México, mantuvieron fuertes vínculos con los radicales en el estado, quienes apoyaban a la fundación, ocurrida en 1905, del Partido Liberal Mexicano (PLM) y contribuyeron a su programa, de 1906. En efecto, los Flores Magón fueron encarcelados dos veces por publicar, en su periódico *Re-*

generación, noticias sobre los abusos sucedidos en su estado natal.

La actuación de una mujer fue decisiva en uno de esos casos. El gobernador Pimentel había nombrado jefe político del próspero distrito cafetalero de Pochutla a Manuel Esperón y de la Flor, a pesar de las muchas denuncias por corrupción que había en su contra en otros distritos. Los Flores Magón, quienes habían sido obligados a exiliarse en Estados Unidos por su oposición a Díaz, denunciaron a Esperón en *Regeneración*, entonces publicado en San Luis, Misuri. La administración de Díaz, como tenía buenas relaciones con el gobierno de Estados Unidos, le sugirió a Esperón y de la Flor que acusara a los hermanos Flores Magón de difamación y calumnias. A raíz de esto, las autoridades estadounidenses clausuraron *Regeneración*, cancelaron sus derechos postales y encarcelaron a Ricardo y Enrique Flores Magón.¹⁰

Manuel Esperón y de la Flor llegó a San Luis acompañado de su esposa para observar el proceso judicial. Cuando no se veía muy claro el desenlace, la señora Esperón, una mujer guapa de 45 años, entró a la sala del tribunal “vestida de negro como si estuviera de luto, dramatizando su demanda de que ella también había sido difamada en el artículo”. Impactado por esta actuación, el juez ordenó la detención de los acusados y fijó una fianza de 10 000 dólares. A pesar del esfuerzo conjunto de varios liberales y socialistas estadounidenses, alemanes y rusos para pagar sus fianzas, los hermanos Flores Magón permanecieron encarcelados hasta enero de 1906 por atreverse a criticar a ese jefe político.¹¹

Así fue como la buena esposa porfirista defendía a su marido. No importaban las ideologías distintas de los hombres de la época, casi todos creían que el deber de la mujer era el doméstico, que se debía dedicar a cuidar, apoyar y defender a su esposo y a su familia y que no

¹⁰ Florencio Barrera Fuentes, *Historia de la Revolución mexicana. La etapa precursora*, México, INEHRM, 1955, p. 160; *El Bien Público*, Oaxaca, 15 octubre 1905.

¹¹ Ethel Duffy Turner, *Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano*, México, Comisión Editorial Nacional del CEN del Partido Revolucionario Institucional, 1984, p. 76.

era apta para ser ciudadana. Ésta se ha llamado la teoría de las esferas separadas: los hombres en la esfera pública mientras que las mujeres debían mantenerse dentro de la esfera privada, la domesticidad. Cabe señalar que muchas mujeres de la clase trabajadora, teniendo que trabajar para sobrevivir, no tuvieron la oportunidad de quedarse en casa para cuidar el hogar, como dictaba la domesticidad idealizada por la ideología de esferas separadas. A pesar de que afirmaba que la mujer no era inferior al hombre y reconocía la mayor explotación de la mujer, el mismo Ricardo Flores Magón expresó esta ideología unos años después, en un artículo de *Regeneración*, en que exhortaba a las mujeres de la clase trabajadora a convencer a sus esposos a integrarse a la Revolución. Él sostenía que la responsabilidad de la mujer trabajadora era “ayudar al hombre, estar con él cuando vacila, para animarlo; volar a su lado cuando sufre para endulzar su pena y reír y cantar con él cuando el triunfo sonrío”.¹² Desgraciadamente, para él, esto es exactamente lo que había hecho la señora Esperón y de la Flor.

En cambio, hubo mujeres como Paula Cuevas Paz, hermana de Miguel y Rafael Cuevas Paz, artesanos urbanos de la ciudad de Oaxaca, quienes eran dirigentes de la oposición. Ella participaba en los pequeños círculos de artesanos que se congregaban en el taller de carpintería de sus hermanos. Allí, y en otros talleres artesanales, se leían y discutían no sólo *Regeneración* sino también otros periódicos radicales, tales como *Diario del Hogar* y *El Hijo del Ahuizote*, ambos de la Ciudad de México.¹³

En marzo de 1908, se publicó en *El Imparcial*, periódico de la capital nacional, la famosa entrevista de James Creelman, donde Porfirio Díaz

admitió que México estaba ya preparado para la vida democrática y que él no iba a postularse para la reelección. Aunque rápidamente se echó para atrás, este comentario estimuló una nueva ola de organización de grupos opositoristas a la dictadura. El Club Central Antirreeleccionista fue fundado el 19 de mayo de 1909 en la Ciudad de México para alentar la candidatura de Francisco I. Madero. Iban surgiendo clubes semejantes en varios estados, especialmente en Veracruz y Puebla. Dada la firme lealtad al presidente Díaz, la respuesta oaxaqueña al maderismo fue débil. No obstante, Madero hizo una gira (aunque sólo fuera de tres días) a la ciudad de Oaxaca; llegó el 4 de diciembre de 1909. La noche del 5 de diciembre los antirreeleccionistas oaxaqueños se reunieron y fundaron el Club Central Antirreeleccionista de Oaxaca. En poco tiempo, los hermanos Cuevas Paz surgieron para dirigir el club. Paula Cuevas Paz, junto con sus hermanos, se dedicó a difundir propaganda maderista en la ciudad de Oaxaca. Según Martha Eva Rocha, Candelaria Medina Pardo, integrante de la Escuela de Obstetricia del Instituto Juárez de Oaxaca, era otra propagandista en esa época.¹⁴

Mientras tanto, el odiado gobernador Emilio Pimentel había decidido postularse por una segunda reelección, y en febrero de 1910 la elite vallista¹⁵ organizó el Club Central Reeleccionista de Oaxaca. Para el 5 de abril ya habían aparecido clubes políticos reeleccionistas en los distritos de Tehuantepec, Juchitán, Ixtlán y Choapan. La oposición se movilizó y consiguió un candidato bastante popular para oponérselo: Benito Juárez Maza (hijo del benemérito), quien

¹² Ricardo Flores Magón, “A la mujer”, *Regeneración*, 24 de septiembre de 1910, reproducido en Martha Eva Rocha, *El álbum de la mujer...*, pp. 224-228.

¹³ James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913*, Austin, University of Texas Press, 1968, pp. 123-124; Alfonso Francisco Ramírez, *Historia de la Revolución mexicana en Oaxaca*, México, INEHRM, 1970, p. 17; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 66.

¹⁴ Héctor Martínez Medina, “Génesis y desarrollo del maderismo en Oaxaca (1909-1912)”, en Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *op. cit.*, p. 95; Jorge L. Tamayo, *Oaxaca en el siglo XX: apuntes históricos y análisis político*, México, s. e., 1956, pp. 19-20; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 66; Rocha cita un Instituto Juárez, pero debió haber sido el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, que era donde se tenía esa carrera. Véase Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, pp. 128-129.

¹⁵ Vallista refiere a una persona que reside en los valles centrales del estado de Oaxaca, donde se encuentra la ciudad de Oaxaca, la capital estatal.

era defensor del legado de su padre, anticlerical, masón y, ahora, anticientífico. La campaña juarista activó a los artesanos maderistas. Los hermanos Cuevas Paz comenzaron a distribuir propaganda juarista junto con la maderista.¹⁶ Los estudiantes de las Escuelas Normales de la ciudad de Oaxaca también combinaron su actividad política a favor de Madero y Juárez Maza. Formaron el Club Estudiantil “Lic. Verdad”, distribuyeron propaganda y publicaron el periódico anticlerical *La Guillotina*, que atacaba violentamente a la dictadura. Las estudiantes normalistas, entre ellas Juana Ruiz, también se unieron a las filas antirreeleccionistas. En sus recuerdos de la época, Efrén Núñez Mata, el vicepresidente del Club Estudiantil, recordó a la maderista Juana Ruiz como “cordial pero severa”.¹⁷

Benito Juárez Maza, popularmente conocido como “don Beno”, llegó a Etla el 11 de junio de 1910 para realizar su campaña, pero sólo pasó tres días en el estado. Aunque esta corta gira dejó interrogantes respecto de su determinación para derrotar a Pimentel, las oaxaqueñas se incorporaron para apoyar su campaña. El órgano pimentelista de la ciudad de Oaxaca, *El Voto Público*, reimprimió un artículo de *El Debate*, periódico de los científicos de la Ciudad de México; allí se había repetido un insulto grave a la masculinidad de Juárez Maza (cabe mencionar que tal se había expresado previamente en *El Tiempo*, también de la capital nacional): “El Sr. Juárez, que es un hombre honorable [...] no tiene ningún hecho, ningún acto que lo haga resaltar en la política nacional [...] no hay más que un nombre, el de Juárez; pero si hay un nombre, no hay ningún hombre”.¹⁸

Dos días antes de las elecciones apareció un manifiesto juarista dirigido “A los artesanos y al pueblo”, firmado por la “Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez”; en él declararon: “Nosotras esposas e hijas de artesanos y de hu-

mildes jornaleros, de esos seres que se ganan el pan con el sudor de su rostro, nos reunimos con el objeto de llevar nuestra voz de alerta a todos los ciudadanos para que elijan al C. Benito Juárez padre del pueblo que sabe trataros con la ternura y el cariño, propios de un verdadero padre [...]”. El manifiesto continuaba: “La mujer debe alentar al hombre para luchar de una manera pacífica y ordenada en favor de la causa del pueblo y si aún quedan hombres cobardes y afeminados que por miedo o por conveniencia no se resuelvan a tomar parte activa a favor del único candidato del pueblo Benito Juárez, nosotras los alentamos y les inspiramos el valor civil que les falte”. Este manifiesto, firmado por más de 260 mujeres, entre ellas Pilar Hernández, Juana Montes, Herlinda Pérez, Consuelo Díaz, Adela López y Ana García, un impresionante apoyo femenino, respondió a las afrentas a la virilidad de don Beno con un argumento contrario, insistiendo en que la única cosa que denotaba hombría era apoyarlo. Y si los hombres vacilaban, el valor femenino de las juaristas los alentaría a la acción.¹⁹ Si bien ellas secundaron—en teoría—en el manifiesto la posición de Ricardo Flores Magón respecto de que el papel de la mujer se reducía a animar al hombre (para definir y fortalecer su masculinidad), en la práctica, ellas ya estaban interviniendo en un espacio público político, supuestamente vedado a la mujer.

La revolución maderista

En 1910, Pimentel volvió a ganar las elecciones para gobernador; a la vez, Porfirio Díaz fue electo presidente. Acto seguido, Madero y sus partidarios, con la publicación del Plan de San Luis Potosí, se lanzaron a la revolución. En Oaxaca, Sebastián Ortiz y su Ejército Libertador “Benito Juárez” se rebelaron contra el gobier-

¹⁶ Francie R. Chassen-López, *Oaxaca entre el liberalismo...*, pp. 597-644.

¹⁷ Efrén Núñez Mata, “Una página de la Revolución en Oaxaca”, *El Nacional*, México, 2, 9 y 14 de marzo de 1961.

¹⁸ *El Voto Público*, Oaxaca, 22 de mayo de 1910.

¹⁹ “Manifiesto de la Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez”, en Francisco Ruiz Cervantes (comp.), *Manifiestos, planes y documentos políticos...*, p. 15. Ruiz Cervantes es uno de los pocos autores que se han preocupado por rescatar la documentación de la historia de la mujer en Oaxaca.

no de Porfirio Díaz el 21 de enero de 1911 en Ojitlán, en la región del río Papaloapan. En la ciudad de Oaxaca, a principios de enero, Rafael Cuevas Paz, quien seguía imprimiendo y distribuyendo propaganda en contra de los porfiristas, fue encarcelado por dos meses. En febrero de 1911, fueron apresados varios maderistas en la ciudad de Oaxaca acusados de conspiración. En marzo, los maderistas de Silacayoapan se unieron a los de los pueblos vecinos en Puebla y Guerrero. Para mayo se habían levantado en armas varios grupos en la Mixteca y la Cañada; pero en ninguna de las fuentes existentes sobre esos movimientos se incluyen noticias de mujeres, ni siquiera como proveedoras de las necesidades básicas a las tropas ni mucho menos como víctimas.

Sin embargo, sabemos perfectamente bien que las guerras no pueden proceder sin el apoyo y participación de las mujeres. La Revolución impactó tanto en las vidas de las mujeres de todas las clases sociales como en las de los hombres. Desde el principio, las mujeres entraron a la oposición como propagandistas por su causa: escribieron y publicaron en revistas y periódicos, además de que divulgaron manifiestos; también recolectaron recursos financieros y contribuían a acrecentar los fondos con su propio dinero; conseguían armas para las tropas, de manera legal o ilegal (contrabandeando), y colaboraron en la planeación de movimientos; varias actuaron como espías y correos y transportaban comida, a veces metiendo tortillas, comida y hasta parque, escondidos bajo sus faldas y sus huipiles; otras eran costureras, cocineras, lavanderas y compañeras sexuales; otras más enarbolaron las armas y fueron al combate; otras, algunas muy fervientes católicas, fueron enemigas acérrimas de la Revolución e hicieron todo lo posible para derrotarla. Y muchas, de cualquier facción, fueron las víctimas, murieron, fueron heridas o perdieron a sus familiares en esos años.

El papel de la enfermera es fundamental en la guerra. Aunque no nació en Oaxaca, Elena Arizmendi, nieta del famoso general liberal juarista Ignacio Mejía, vivió sus primeros años con él y una tía en el ingenio de Ayotla, en el distrito de

Teotitlán. Después los visitaba con frecuencia. Una mujer inquieta e independiente, Arizmendi estudió enfermería en San Antonio, Texas. La enfermería apenas se estaba profesionalizando a finales del siglo XIX y la Cruz Roja Mexicana se formó en 1908, aunque se estableció como una dependencia de la Secretaría de Guerra y Marina, es decir, era gubernamental. Cuando radicaba en Estados Unidos, Arizmendi entabló una amistad cercana con Francisco y Sara Madero, y se volvió maderista convencida; a su regreso a México en 1911, ella fundó la Cruz Blanca Neutral, un cuerpo de socorro médico que prometía atender a todos los heridos sin discriminación —a diferencia de cómo operaba la Cruz Roja—; su divisa era “Por la humanidad”.²⁰ Posteriormente, cuando los carrancistas ocuparon el Istmo de Tehuantepec, el general Jesús Carranza organizó un cuerpo de enfermeras con la participación de las muchachas de clase media del puerto de Salina Cruz.²¹

Otras muchas mujeres fueron la inspiración de sus hombres, animándolos a luchar por sus ideales. Por ejemplo, el general juchiteco Heliodoro Charis, quien militó en las filas chegomistas²² y luego con los obregonistas, en sus memorias se acordaba mucho de la influencia de su abuela; alguna vez afirmó que “me conmueve recordar sus palabras y me da orgullo comprobar que tuvieron mucho que ver en mis decisiones futuras sus consejos”. La abuela del general Charis le hablaba en “su lengua zapoteca, única que habló, que si algún día llegaba yo a defender los ideales de los que habían caído en nuestra familia, lo hiciera con entereza y valor, como lo habían hecho mi abuelo y sus adorados hijos”.²³

²⁰ Gabriela Cano, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets, 2010. Elena Arizmendi fue el modelo para “Adriana”, la amante de José Vasconcelos en *Ulises criollo*. Como demuestra Cano, este hecho ha opacado su verdadera historia y su contribución a la Revolución.

²¹ Ángel Bustillo Bernal, *La Revolución mexicana en el Istmo de Tehuantepec*, México, Editora Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, 1968, p. 67.

²² Los chegomistas fueron los partidarios del cacique juchiteco José Che Gómez, a quien se refiere más adelante.

²³ “Memorias del general Heliodoro Charis Castro”, en Macario Matus Gutiérrez, “La Revolución en Juchitán,

En cambio, otras mujeres pudieron desempeñar un papel más problemático. Un ejemplo, también ocurrido en la región del Istmo de Tehuantepec, es el de Fidel Azcona, quien culpó a una mujer, la tía de Mario Marín Pineda, de haber provocado que el general y licenciado Francisco López Cortés —después gobernador del estado— se uniera a un levantamiento en contra de Obregón. Según su versión: “le engatuzaron para rebelarse; se usó a una mujer para convencerlo”. La tía recibió algunas monedas por haber tenido éxito en convencer a López Cortés.²⁴ A lo largo de la historia de todos los países aparece ese estereotipo, ese lugar común, de la mujer desleal y traicionera por naturaleza y capaz de manipular a los hombres, como si el hombre no tuviera responsabilidad por sus acciones.

Cuando los hombres se van a la guerra, a las mujeres no les queda otra opción sino buscar la manera de sostener a sus familias. Algunas aprovecharon y disfrutaron de esta nueva independencia, mientras que otras quedaron en la ruina y muchas veces terminaron como prostitutas, un trabajo de gran demanda en tiempos de guerra. Otras mujeres migraron a las ciudades en busca de mayor seguridad y de empleo. Varias aprendieron nuevos oficios, como el de telegrafista, antes dominados por los hombres. Otras muchas siguieron a sus padres, hermanos y esposos trabajando como cocineras y enfermeras para la tropa, las famosas *soldaderas*. También fueron sus amantes y, demasiadas veces, les tocó enterrar a sus compañeros.²⁵

Oaxaca”, en Alicia Olivera Sedano (coord.), *Mi pueblo durante la Revolución*, México, INAH, 1989, vol. II, p. 122. Estas son las memorias, como se las contaron a Matus Gutiérrez, de personas que vivieron la Revolución.

²⁴ “Memorias de Fidel Azcona”, en Macario Matus Gutiérrez, “La Revolución en Juchitán...”, *op. cit.*, p. 134.

²⁵ Mark Wasserman, en su historia de la vida cotidiana en el México decimonónico, demostró cómo las guerras tuvieron un impacto significativo en las relaciones de género, *Everyday Life and Politics in Nineteenth Century Mexico: Men, Women, and War*, Albuquerque, University of New Mexico, 2000; V. Spike Peterson “Gendered Nationalism: Reproducing the ‘Us’ versus ‘Them’”, en Lois Ann Lorentzen y Jennifer Turpin (eds.), *The Women and War Reader*, Nueva York, New York University Press, 1998, p. 45. Las bajas masculinas produjeron un incremento

Dos mujeres destacaron como protagonistas de los movimientos sociales en la Costa Chica en abril y mayo de 1911. Ese levantamiento agrario dio lugar a una confrontación sangrienta entre rancheros e indígenas mixtecos, quienes disputaban la propiedad de las tierras donde trabajaban los campesinos indígenas como arrendatarios. El desenlace fue uno de los episodios más extraordinarios de la Revolución mexicana: un levantamiento agrario que, al mismo tiempo, representó un efímero intento de restablecer el imperio mixteco; el hecho es conocido como el “nuevo reino mixteco” o el “imperio de los once días”.²⁶ Por una parte, los campesinos mixtecos reclamaban que esas tierras les habían sido legadas por la anterior cacica de la región, Margarita Rodríguez, y por otra, los rancheros sostenían que se las habían adjudicado por medio de la Ley Lerdo de 1856. Los campesinos también protestaban porque los rancheros les cobraban una renta excesiva y los obligaban a vender sus productos muy por debajo del precio de mercado. La Revolución alcanzó esa región el 30 de abril, cuando los maderistas guerrerenses —encabezados por Enrique Añorve en Ometepec (Guerrero)— enviaron tropas a los pueblos oaxaqueños cercanos para levantar a la gente. A la llegada del teniente coronel Manuel Centurión y sus tropas maderistas a Pinotepa, los mixtecos le pidieron apoyo para rescatar sus tierras y Centurión les aseguró que los ayudaría cuando regresara de Acapulco. Mientras tanto, las autoridades de Pinotepa, rancheros y comer-

sensible en el número de viudas, especialmente viudas jóvenes, el cual resultó en el declive de la tasa de nacimientos y la necesidad de ellas de entrar al mercado de trabajo. Francie R. Chassen-López, “Guerra, nación y género: las...”, *op. cit.*; y Francie R. Chassen-López, “Las hijas de Oaxaca...”, *op. cit.*

²⁶ Una versión preliminar de estos eventos figura en Francie R. Chassen-López y Héctor G. Martínez, “El retorno al milenio mixteco: indígenas agraristas vs. rancheros revolucionarios en la Costa Chica de Oaxaca, mayo de 1911”, *Cuadernos del Sur*, núm. 5, septiembre-diciembre de 1993, pp. 31-66; para una versión bastante más desarrollada, véase Francie R. Chassen-López, “Maderismo or Mixteco Empire? Class and Ethnicity in the Mexican Revolution, Costa Chica of Oaxaca, 1911”, *The Americas*, vol. 55, núm. 1, julio de 1998, pp. 91-127.

ciantes, arrestaron a Domingo Ortiz, el dirigente indígena, por estar “trastornando” la paz y amenazaron con ejecutarlo. Los mixtecos apelaron a Añorve, quien envió al capitán Cristóbal Cortés con sus tropas a Pinotepa para resolver el asunto. Pero allí se desató una confrontación armada en la que murieron tres autoridades rancheras, Cortés y un indígena de Igualapa (Guerrero). A raíz de la balacera, los hermanos Baños, rancheros influyentes, denunciaron las “atrocidades” mixtecas y convencieron a Añorve para que los nombrara representantes maderistas en la Costa Chica de Oaxaca. Encabezados por Juan José Baños, los rancheros “revolucionarios” se movilizaron para reprimir la rebelión agraria indígena y restablecer su dominación en la Costa.²⁷ Entre ellos, destacó la importante comerciante María Aguirre, viuda de Pérez.

Entre tanto, en Pinotepa, los mixtecos tomaron control de la ciudad, liberaron a Domingo Ortiz y rescataron los títulos de propiedad, arrebátándoselos a los rancheros a punta de escopeta; muchos de ellos, incluyendo a María Aguirre, ya habían huído a la montaña. Marginados de la revolución maderista, los indígenas de Pinotepa decidieron restablecer el imperio mixteco en pleno 1911 y designaron a una “reina”. María Benita Mejía, una mujer muy respetada pero de pocos recursos, fue nombrada reina porque se creía que era descendiente de la nobleza mixteca (entre la cual las mujeres gobernantes no eran algo fuera de lo común). Con gran ironía, los mixtecos escogieron la cómoda casa de María Aguirre para establecer su palacio real. Allí la reina residiría y recibiría su corte de honor.

Los mixtecos organizaron un Consejo de Ancianos para gobernar y nombraron a Domingo Ortiz cónsul del la reina María Benita y de las fuerzas imperiales. Él integró un registro de tributarios de acuerdo con la costumbre mixteca. Envío mensajeros a los pueblos indígenas de la región para incitarlos a que reconocieran a la reina y se unieran al nuevo reino mixteco como vasallos que pagaban tributo. Las fuerzas

maderistas, los rancheros de Pinotepa y las tropas maderistas de Guerrero se apresuraron para aplastar el efímero renacimiento del imperio mixteco, que sólo duró 11 días. Años después, una descendiente de los mixtecos de Pinotepa narró a Gutierre Tibón el desenlace tal como le había conocido: “Apareció Juan José Baños, a la cabeza de una tropa numerosa y aguerrida [...] Fue el terror, fue el pánico” y los mixtecos huyeron el 29 de mayo. La reina María Benita “vivió diecisiete años más, en su mísera choza. Reposa en el panteón de Pinotepa Nacional. ¿Quiere visitar su tumba?”.²⁸

En Pinotepa, dos mujeres simbolizaron la confrontación, tanto de clase social como de etnia, revelada en la apropiación de la casa de María Aguirre por María Benita. La reina fue símbolo del recurso de los indígenas mixtecos de acudir a su memoria étnica, a su historia oral, para enfrentar una revolución que los había marginado. María Aguirre, quien como se verá adelante se incorporó a las filas constitucionalistas, representó a los rancheros y comerciantes de la clase media rural, la “gente decente” (en oposición a los “salvajes” indígenas),²⁹ quienes convenientemente se aliaron con la revolución maderista y la hicieron suya, una revolución a la cual los mixtecos, al principio, habían pedido justicia.

La Revolución también se sintió en el Istmo de Tehuantepec a finales de mayo de 1911. Las ciudades de Tehuantepec y Juchitán estaban divididas en dos facciones: los Rojos porfiristas y los Verdes maderistas. Juana Catarina Romero (conocida popularmente como Juana Cata) y su primo Camilo Romero, ricos comerciantes, dirigían a los Rojos en Tehuantepec, mientras

²⁸ Gutierre Tibón, *Pinotepa Nacional: mixtecos, negros y triques*, México, Editorial Posada, 1981, p. 31. Con respecto de la memoria étnica local, es significativo que, aunque no había “ninguna cruz ni piedra”, esta descendiente sabía exactamente dónde estaba enterrada María Benita.

²⁹ En sus informes a los jefes maderistas, los rancheros calificaron a los mixtecos de “salvajes carnívoros”. Véase Francie R. Chassen-López, “Maderismo or Mixtec Empire?...”, *op. cit.*

²⁷ Francie R. Chassen-López, “Maderismo or Mixtec Empire?...”, *op. cit.*

que los hermanos Santibáñez encabezaban a los Verdes (figura 3).

En Juchitán, los Rojos procientíficos habían conservado el poder durante muchos años, puesto que Porfirio Díaz había mandado al popular dirigente de los Verdes, José *Che* Gómez, a servir en puestos oficiales en otros estados. Pero cuando éste regresó para quedarse a principios de 1910, la tensión aumentó. El 7 de marzo Gómez advirtió a Porfirio Díaz de que “Tehuantepec y Juchitán [...] están sumamente en contra de sus respectivos jefes políticos” y los pueblos de estos distritos “se encuentran lastimados por las malas autoridades locales y en cualquier momento simpatizan con el que se atreve a dar un grito de rebelión”.³⁰ La esposa de José Gómez, Rosaura Bustamante, una sinaloense, y otras juchitecas se mantendrían firmes en su apoyo a *Che* Gómez y la revolución maderista (figura 4).

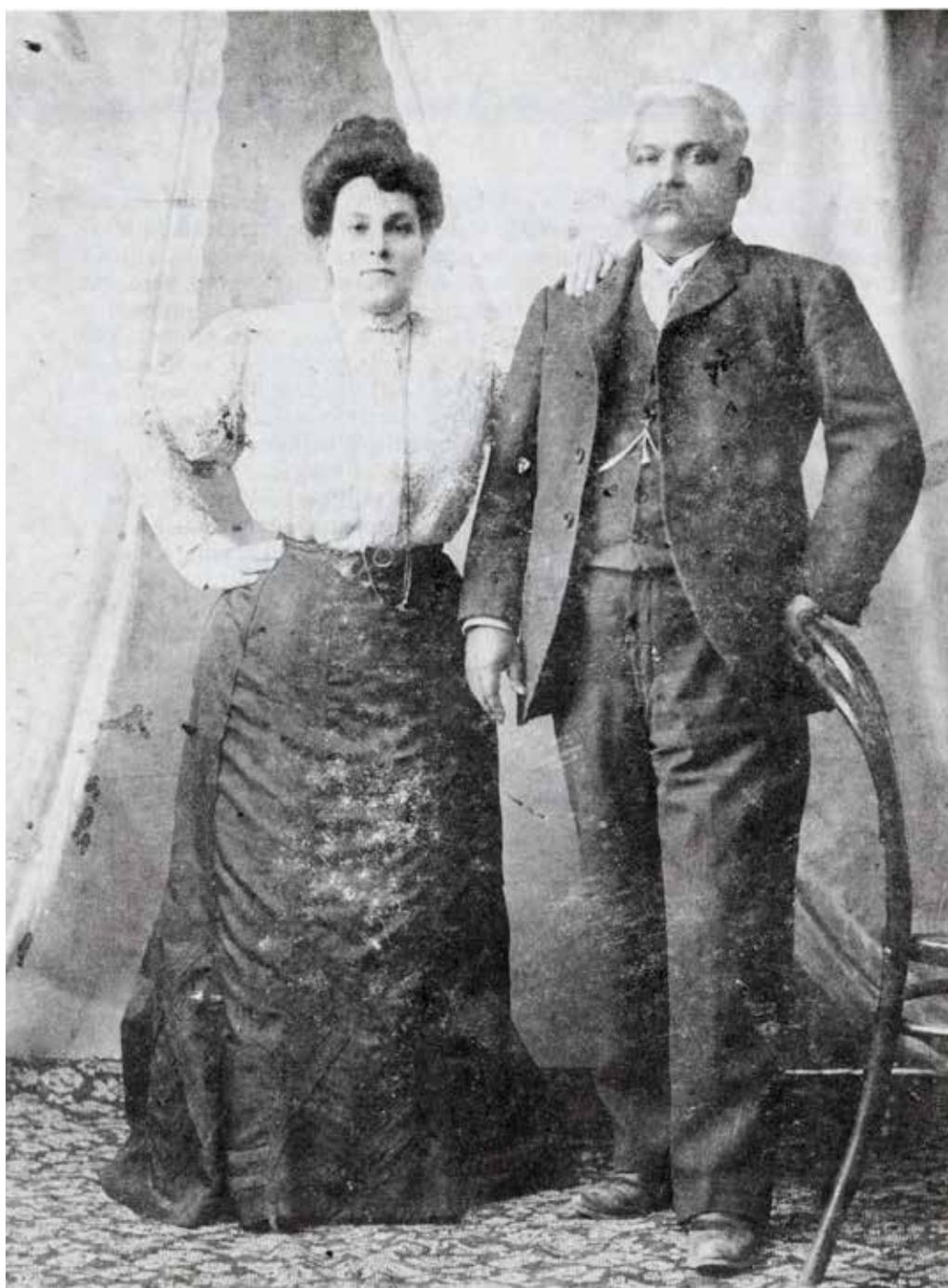
La noche del 25 de mayo de 1911 en Tehuantepec más de 300 tehuanos armados con rifles y machetes respondieron al repique de las campanas de las iglesias y a las trompetas militares y se reunieron en el parque central. Detuvieron el tren justo enfrente de la casa y tienda de Juana Cata. Consciente de la inminente renuncia de Porfirio Díaz, la multitud demandó la destitución del jefe político porfirista para que Alfonso J. Santibáñez ocupara el puesto. Luego, las

³⁰ Luis Santibáñez Gómez, “La revolución maderista en Tehuantepec”, en Héctor Gerardo Martínez Medina y Francie R. Chassen-López (comps.), *Testimonios de la revolución maderista...*, pp. 32-38. Sobre Juchitán, véase Héctor Luis Zarauz López, “El Porfiriato y la Revolución mexicana (1911-1912) en el Istmo de Tehuantepec”, tesis de licenciatura en Sociología, México, FCPS-UNAM, 1993, pp. 141-142, y “Revolución y contrarrevolución. Rebeliones en contra de los gobiernos revolucionarios en el Istmo de Tehuantepec (1916-1924)”, tesis de doctorado en Historia, México, FFyL-UNAM, 2005, pp. 49-61. Rodolfo Gutiérrez Montes cita varias cartas de Gómez a Díaz en “La Revolución mexicana en Juchitán, Oaxaca: el movimiento chegomista de 1911”, tesis de licenciatura en Humanidades, México, UAM-Iztapalapa, 1986, pp. 66-69. Sobre Juana Cata Romero, véase Francie R. Chassen-López, “Un modelo de progreso: Juana Catarina Romero, la cacica del siglo XIX de Tehuantepec”, en Margarita Alegría de la Colina y Alejandro Caamaño Tomás (coords.), *Mujeres de aquí y de allá. Miradas diacrónicas y multidisciplinares en los albores del nuevo milenio*, México, UAM-Azcapotzalco, 2012, pp. 129-183.



Figura 3. Juana Catalina Romero. Fuente: fotografía proporcionada por la autora.

masas saquearon parcialmente los establecimientos comerciales de los ricos “reaccionarios” porfiristas, entre ellos la tienda de la señora Romero. A partir de entonces, Juana Cata, hábil



José F. Gómez y su esposa, 1911

Figura 4. Rosa Bustamante y José Che Gómez. Fuente: *Guchachi' Reza*, núm. 16, septiembre de 1983, p. 12.

política, se dio cuenta de la necesidad de negociar con la Revolución y, como veremos, hasta con los mismos hermanos Santibáñez.³¹

Mientras tanto, a mediados de mayo de 1911, la ciudad de Oaxaca estaba agitada por la noticia de la Revolución en la Mixteca y en la Cañada. Corría el rumor de que las fuerzas mixtecas del general Solís, estacionadas en Huitzo, se reunirían en Etla con el Ejército Libertador del Sur, al mando del general Ángel Barrios (que venía de la Cañada), para tomar la ciudad de Oaxaca. El probable saqueo de la ciudad despertaba el pánico entre mujeres, niños y hombres por iguales. La capital del estado estaba llena de refugiados de los distritos vecinos, “llegando en su mayoría a caballo, algunos en carretas y no pocos a pie”. Para entonces, los movimientos revolucionarios de la Cañada habían cortado las líneas del ferrocarril y del telégrafo, dejando prácticamente incomunicada la ciudad. Los hoteles y mesones de la capital eran “insuficientes para dar alojamiento a todos los funcionarios, empleados públicos y familias procedentes de todos lugares”. Aunque los rebeldes aseguraron a los ciudadanos que las nuevas autoridades nombradas por la Revolución respetarían la vida, la propiedad privada y la Constitución, los oaxaqueños seguían afluyendo a la ciudad.³² Con las regiones de la Costa, el Papaloapan, la Cañada y la Mixteca bajo el control de los revolucionarios y con la agitación creciendo en el Istmo, la capital del estado se convirtió en el último baluarte del porfirismo en Oaxaca.

La revolución iba triunfando durante marzo, abril y principios de mayo de 1911, reflejo de ello eran las victorias en los estados del norte y del centro, así como en los vecinos estados de Puebla y Guerrero. Los acuerdos de Ciudad Juárez, firmados el 21 de mayo, terminaron con las hostilidades. Porfirio Díaz renunció el 25 de mayo y Francisco León de la Barra asumió el cargo de presidente provisional; tuvo a su cargo

la supervisión de las elecciones libres. La agónica final del Porfiriato y la retirada de los *científicos* del gobierno desataron una crisis política en Oaxaca. En seis semanas, seis diferentes gobernadores pasaron por el palacio de gobierno, un proceso que Francisco José Ruiz Cervantes denominó “la danza de los gobernadores”.

La oligarquía oaxaqueña trató de mantener a uno de los suyos en la gubernatura, por ello eligió al general brigadier Félix Díaz, el sobrino del dictador, en plena efervescencia revolucionaria. Esta maniobra política provocó la reacción popular y la gente se reunía espontáneamente en las calles en manifestaciones. Rechazaron a Félix Díaz mientras que proclamaban a Benito Juárez Maza candidato del pueblo para gobernador. Hubo varias manifestaciones, dispersadas por la policía de la ciudad, cuyos agentes hicieron disparos al aire y golpearon a la multitud con las culatas de los rifles, causando gran alarma entre la población.³³ El pueblo de Oaxaca por fin se estaba oponiendo a la familia Díaz. No hay noticia de mujeres entre los manifestantes, pero seguramente algunas participaron.

La legislatura trató de nombrar otros gobernadores provisionales, también porfiristas, pero numerosos elementos de la clase media, de los artesanos y todas las fuerzas revolucionarias (ahora con fuertes contingentes campesinos) se resistían a tales imposiciones. Al fin, el 8 de junio la legislatura oaxaqueña deliberó nuevamente sobre la elección de un gobernador interino. Multitudes de maderistas se colocaron afuera del Congreso Local y los espectadores en las galerías fueron repetidamente amonestados para que se callaran. Ante la enorme presión popular, los diputados finalmente escogieron un gobernador que representara a la Revolución: el joven abogado Heliodoro Díaz Quintas, antiguo miembro de la Asociación Juárez. Los periódicos locales reportaron acerca del triunfo de la Revolución: “El pueblo lo saludó con un aplauso

³¹ Luis Santibáñez Gómez, “La revolución maderista...”, *op. cit.*, pp. 32-38.

³² “La Revolución de 1910 en Oaxaca”, *Oaxaca en México*, 6 de agosto de 1936.

³³ Basilio Rojas, *Efemérides oaxaqueñas, 1911*, México, s. e., 1962, p. 52. Rojas ha resumido en ese volumen las noticias diarias de 1911 publicadas en *El Avance*.

prolongado [...] y era de oír cómo entre los interminables aplausos y [sic] inusitado júbilo popular se lanzaban al aire marciales notas de nuestro himno patrio y los sonos bélicos del clarín saludando al demócrata y efectivamente popular juarista, Lic. Heliodoro Díaz Quintas”.³⁴ Tampoco podemos dudar que las oaxaqueñas se encontraban entre la celebración popular, aunque no las menciona el reportero.

Durante los meses de junio y julio de 1911, se enfrentaron Félix Díaz y Benito Juárez en la contienda por la gubernatura de Oaxaca. Las mujeres oaxaqueñas se unieron a ambas campañas según su ideología política y clase social. En Tehuantepec, los hombres habían formado el Club 25 de Mayo, dirigido por los hermanos Alfredo y Alfonso Santibáñez; la organización tenía afiliado un club femenino del mismo nombre, integrado por parientes de los hombres, entre ellos Luisa Gómez, Petrona Ordóñez e hijas, Adela e Isabel González, Trinidad Arias y otras. Sus partidarias sobresalían en las manifestaciones y las fiestas, que según Ángel Bustillo Bernal, “engalaban además de su belleza con el colorido de sus trajes típicos, haciendo propaganda a favor de aquel ‘club’ o partido político, que llamaban ‘Santibáñista’. Hombres y mujeres se constituían en propagandistas de dicho grupo en sus respectivos barrios”. *El Avance* informaba que la contienda electoral en Tehuantepec era “reñida debida a la actividad de los partidarios”.³⁵

Se fundó un club de señoras y señoritas para apoyar a Juárez Maza en Ocotlán. Ellas manifestaron que, “aunque no nos es permitido por nuestras leyes tomar una parte directa en las elecciones, sí debemos tomarla para alentar a nuestros esposos, a nuestro hijos y a nuestros hermanos para que emitan su voto por la persona que haga la felicidad del pueblo” y no por un “déspota” que seguiría los males del porfirismo. Fue muy reñida la contienda entre felicistas y

juarezmazistas en Ocotlán. Los primeros andaban armados en público y el 7 de julio, en un combate, murieron cinco personas y fueron heridos varias otras de ambos grupos. Dos días después, durante la procesión para el entierro de los muertos, el cortejo, “una gran multitud” de juaristas, se conformaba de gente de los pueblos de San Antonino y Santiago y “cuatro bandas de música tocando marchas fúnebres. Los hombres portaban retratos de su candidato y las mujeres tiras en las que se leía ‘Viva Benito Juárez Maza’”. El cortejo felicista, con mucho menos gente, se llevó a cabo en otro lado de la población.³⁶

Según Ana Lau y Carmen Ramos, se notó un “nuevo parámetro femenino” durante el periodo maderista, caracterizado porque en él “era necesario que la nueva mujer mexicana abandonase la idea de la inferioridad de su sexo, de su debilidad, para poder servir mejor a la sociedad y la familia. Aunque con frecuencia los periódicos elogiaban a las mujeres escritoras y poetisas, la participación política de la mujer era todavía inaceptable e invitaba el oprobio”.³⁷ El periódico *Regeneración* de la ciudad de Oaxaca, reportó que en Tlacolula hubo una “manifestación feminista” en honor de Juárez Maza, que fue encabezada por una señora que se conoce con el mote de ‘Juana la Vaca’. Varios días después, *El Avance* publicó una aclaración “de algunos vecinos de Tlacolula” sobre la noticia divulgada en *Regeneración*. Avisaron que la manifestación feminista la organizó un grupo de “señoras bien conocidas, de todo el vecindario de esta cabecera”, quienes estaban formando un club que se llamaría Club de Señoras Libres. Añadieron que se podría imaginar “qué prestigio daría a la causa a cuya defensa pensaron asimilarse, pues

³⁴ *El Avance*, Oaxaca, 9 de junio de 1911.

³⁵ Ángel Bustillo Bernal, *op. cit.*, pp. 33-34; *El Avance*, 30 de julio de 1911. Los seguidores de Juárez Maza eran los juarezmazistas y los de Félix Díaz eran los felicistas.

³⁶ Basilio Rojas, *op. cit.*, p. 65; *El Avance*, 15 de julio de 1911; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*, pp. 25-26. Busqué en las hemerotecas de Oaxaca las ediciones de *El Avance* correspondientes a los meses de junio y julio de 1911, que había consultado anteriormente, y ya no se pudieron localizar. Agradezco profundamente a Francisco José Ruiz Cervantes haberme prestado algunas fichas sobre los artículos periodísticos de *El Avance* de julio de 1911.

³⁷ Ana Lau y Carmen Ramos, *op. cit.*, pp. 18-19, 39.

todas ellas están eliminadas de la sociedad y de todo contacto con la gente honrada”, de hecho, tachándolas de ser prostitutas.³⁸ Así, por atreverse a participar en los asuntos públicos, ellas fueron denostadas como mujeres públicas.

Mientras tanto, mujeres en varios estados, por ejemplo en Yucatán y en Puebla, se habían unido a las campañas políticas y a la lucha para mejorar las condiciones de su sexo. En junio de 1911, el Club Femenil Amigas del Pueblo maderista de la Ciudad de México, que había sido organizado por varias mujeres, entre ellas las destacadas revolucionarias Juana Gutiérrez de Mendoza y Dolores Jiménez y Muro, envió una petición al ministro de Gobernación para solicitar el derecho al voto para las mujeres. Desde el club también se dirigió una carta al presidente interino León de la Barra firmada por varios centenares de mujeres. En todas partes, incluso en Oaxaca, estas peticiones de mujeres fueron ridicularizadas y sus firmantes denigradas e insultadas por los políticos y por la prensa. Trágicamente, el proceder de las autoridades causó la muerte de nueve personas y otras fueron heridas en una manifestación a favor de los derechos de la mujer en Santa Julia, un barrio pobre de la capital nacional.³⁹

El feminismo había aparecido en México en las últimas décadas del siglo XIX: se cree que *La Siempreviva*, de Rita Cetina, publicada en Yucatán en 1870, fue la primera revista con ese tema, y siguieron varias otras, sobre todo en la Ciudad de México. También, surgieron algunas asociaciones dedicadas a la mejoría de las condiciones de vida de las mujeres. Según el lugar, la cultura y el momento histórico, variaban las definiciones de la palabra “feminismo”. Por supuesto, como señala Julia Tuñón, esa definición depende

de cómo las mismas mujeres la entendían en un momento dado. Ella lo define ampliamente como “el pensamiento y la táctica dirigida a reflexionar y a modificar la condición política, social, económica, cultural y cotidiana de las mujeres”.⁴⁰ En México, al principio, el concepto refería a un mejoramiento de la situación de la mujer en cuanto al acceso a la educación, el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y su estatus legal en la familia y en la sociedad. El sufragio no surgió como una demanda sino hasta los primeros años del siglo XX, paralelo al movimiento precursor y a la misma Revolución en que las clases medias y trabajadoras exigían voz y voto en la escena política. Precisamente cuando se derrocó la dictadura y nació la democracia, las mujeres empezaban a reclamar sus derechos.

Durante los meses de junio y julio de 1911, hubo una polémica en los periódicos de la ciudad de Oaxaca sobre la legalidad de ambos candidatos, Félix Díaz y Benito Juárez Maza, porque ninguno cumplía con una estipulación de la Constitución estatal, la cual establecía que, para postularse como candidato, era necesario contar con una residencia mínima de tres años en el estado. Tal vez el ambiente álgido y el fervor eleccionista partidario demostrado por las oaxaqueñas —y mexicanas a través de la República— sirvieron para despertar la demanda femenil oaxaqueña por el voto. Al respecto, el 15 de julio, los editores de *El Avance* dieron a conocer su posición:

Los clubes “Margarita Neri” de esta ciudad, “Leona Vicario” de Ejutla, los juaristas y felicistas de Ocotlán, y otras más y las manifestaciones feministas recientes demuestran que también la mujer oaxaqueña está ansiosa de tomar parte en la

³⁸ *El Avance*, 15 y 23 de julio de 1911; *Regeneración*, Oaxaca, 16 de julio de 1911.

³⁹ Shirlene Soto, *op. cit.*, p. 40; Ángeles Mendieta Alatorre, *Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, 1875-1942: extraordinaria precursora de la Revolución mexicana*, México, Talleres Impresores de Morelos, 1983, p. 45; Fabiola Coutiño, “Contexto histórico del movimiento revolucionario: participación de las poblanas”, en Fabiola Coutiño (coord.), *op. cit.*, p. 50.

⁴⁰ Julia Tuñón, *Mujeres en México: recordando una historia*, México, Conaculta, 1998, p. 135, y Julia Tuñón, “¿Convicción o táctica? Atrevimiento y precaución en el primer feminismo mexicano (1873-1935)”, *Dimensión Antropológica*, vol. 25, mayo-agosto, 2002, pp. 9-58, recuperado de: <<http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=833>>; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, pp. 37, 333.

cosa pública y de que no será ella que se revuelva en su silencio de antaño. No pretendemos censurar esos trabajos que no son más que el saludable efecto de la libre manifestación de las ideas en los pueblos [...] pero atendiendo a la interpretación que a este punto se le viene dando en los pueblos humildes, sea por ejemplo San Lorenzo Cacaotepec, distrito de ETLA, en los que se cree que el voto puede tenerlo también la mujer, nos declaramos adversarios, por ser contrario a la naturaleza de la mujer y nuestras costumbres.⁴¹

Los editores también afirmaron que “la mujer debe contentarse con su influencia moral”, la cual, reconocían, podría tener un impacto significativo sobre sus esposos, familiares y amigos dada la “inevitable arma de su ternura”.⁴² En respuesta, el día siguiente, apareció en el mismo periódico un artículo, “El sexo femenino reclama el derecho de votar”, firmado por “varias sufragistas oaxaqueñas” que además, pedía a los editores que explicase su oposición a ello. Las sufragistas oaxaqueñas iniciaron su escrito asentando: “Nosotras las mujeres (individuos del género humano y comprendidas en la neta acepción de la palabra: *hombre*) y parte integrante de esa pléyade de seres que piensan y obran porque para ello les da derecho su naturaleza inteligente, no podemos ni debemos permanecer impasibles ante el monstruoso problema que dejó implantada la pasada y última

⁴¹ *El Avance*, 15 de julio de 1911. Hay muchas historias sobre Margarita Neri. Supuestamente de origen maya-holandés de Quintana Roo, en 1910 encabezó a más de mil hombres en la lucha en contra del régimen de Díaz. Cuando estuvo en Guerrero, se dice que el gobernador le tenía tanto miedo que se empacó a sí mismo en una caja que fue enviada fuera del estado. Algunos dicen que anduvo con los zapatistas y otros que combatió en contra de ellos. Véase Shirlene Soto, *op. cit.*, p. 45. Incluso salió un reportaje sobre ella en la prensa neoyorquina que informó: “En Guerrero, hace dos meses, Margarita Neri, una muchacha terrateniente y rica, opositora furibunda de los impuestos altos, encabezó a doscientos campesinos. Ahora dicen que manda mil hombres en el ejército del general Figueroa”; *New York Times*, 10 de mayo de 1911.

⁴² *El Avance*, 15 de julio de 1911.

revolución”. Ya asentada su confianza en la inteligencia de la mujer y su derecho de participar en la política, reclamaron que el empleo de la palabra *hombre*, de hecho, refería a toda la humanidad, mujeres incluídas, y por eso la Constitución no les prohibía votar. Señalaron que en ese momento era urgente “establecer un gobierno del pueblo por el pueblo y elegir, sí señores periodistas, elegir también nosotras y no seguir permaneciendo en la sociedad de *el hombre* como una sección inútil y por lo tanto perjudicial”.⁴³ Además, las sufragistas oaxaqueñas demandaron una explicación legal de su exclusión, con los mismos argumentos de tantas otras mujeres que pedían el voto:

En nuestro país ¿qué ley existe que nos prohíba el derecho del voto, por qué se nos quita el derecho de ciudadanía en este particular cuando todas las obligaciones que pesan para ameritar tal título en los varones también pesan sobre nosotras?

De las fracciones de que consta el artículo 34 de la Constitución Federal, las dos son un requisito que la mujer llena, y de las obligaciones, que el artículo 36 de la misma señala para tener el derecho de ciudadanía, la primera, es decir inscribirse en el padrón de sus respectivos municipios, la cumplimos tanto varones como mujeres; la segunda, la cumplimos en tiempo de guerra sin que se nos exija, ya marchándose en persona al campo de batalla, o bien desprendiéndonos para ello de los seres más queridos, la tercera obligación, que es la de votar en las elecciones a nuestros gobernantes no lo hemos hecho hasta ahora porque esa obligación no se nos ha exigido, pero sí la podemos hacer.⁴⁴

⁴³ *El Avance*, 16 de julio de 1911. El artículo, “El sexo femenino reclama del derecho de votar”, está reproducido en Francisco José Ruiz Cervantes y Carlos Sánchez Silva (eds.), *Pensamiento político y social oaxaqueño*, Oaxaca, IEEPO, 1998, pp. 104-106. Esta fuente da la fecha del manifiesto femenino como el 16 de junio pero fue 16 de julio de 1911.

⁴⁴ *El Avance*, 16 de julio de 1911.

Tras el desplegado, afirmaron que desistirían de su deseo de votar si se les ofrecía una explicación, basada en de los fundamentos legales de la Constitución estatal o nacional, que prohibieran su disfrute del voto. Refiriendo a la Constitución del Estado de Oaxaca, aclararon que los ciudadanos “pueden hacer *todo lo que la ley no prohíbe*”. Y, otra vez, enfatizaron:

No se haga caso de nuestro sexo, pues esto no está prevenido por los legisladores, reduciéndose sólo a decir individuos de una sociedad regidos por las leyes mexicanas, legalmente estamos habilitadas de *votar*. Repetimos que no hay que hacer mención de nuestro sexo, porque *hombre* es todo individuo del género humano y que ciudadano es todo *hombre* que llene los requisitos a que la ley se contrae.⁴⁵

Este valiente y bien razonado reclamo no tuvo éxito. En la edición de *El Avance* del 18 de julio, un tal “Zutano” intervino en la discusión: citó el periódico católico *El Tiempo*, de la Ciudad de México, e informó que “un numeroso grupo femenino” había enviado un memorial al primer magistrado de la República, que pedía “ser habilitadas para tomar parte en las elecciones”. Haciendo burla de tal propósito, “Zutano” escribió que “después de la mujer con pantalón charro, de la mujer cabecilla, de la mujer adúltera [...] y de la mujer cirujana, vamos a tener en México la mujer electorera y política”. Horrorizado y no poco misógino, asertó que “toda la Revolución y sus encantos valen un toluache comparada con el desquiciamiento social que se nos viene encima con esta total determinación tomada por el mal llamado sexo débil”. Cinco días después, un tal “Pérez” también escribió un artículo para ridiculizar las peticiones de sufragio de las oaxaqueñas. Mofándose de que estaban en guerra contra “la odiosa tiranía de los pantalones”, se imaginó la existencia de un “Gran Club Evolutivo Redentor de la Mujer Víctima en General”. Este club

⁴⁵ *Idem*; Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*, pp. 25-26.

inventado también emitió un manifiesto ficticio, “La Enagua Libre”. “Pérez” aprovechó la situación para culpar al maderismo de ser responsable de estas ideas estrafalarias de las mujeres.⁴⁶

El Correo del Sur de Oaxaca también entró en la polémica para afirmar que dar el voto a la mujer sería “inmoral, absurdo e impolítico”. Una de las sufragistas le respondió: “Dice Ud. ser absurdo en la mujer el voto porque éste no se podría conciliar en sus múltiples formas con la modestia propia de la mujer a quien la naturaleza ha creado con organismo delicado, fineza en el trato, cierta modestia especial, y sobre todo su carácter reservado y bello”. Ella respondió que estas cualidades son propias de todos los seres humanos, así que no tenía sentido su argumento. El Club Femenil Amigas del Pueblo, el mismo que había pedido el sufragio en la capital nacional, también mandó una solicitud al presidente del país para tramitar una iniciativa de ley sobre el divorcio. El 27 de julio, los editores de *El Avance* respondieron “estupefactos y confundidos” ante esta formal petición, y todavía “más y más sube de punto nuestra estupefacción al pensar en que es de un grupo de señoras y señoritas —el ‘Club Femenil Amigas del Pueblo’—, del cual ha partido tan aterradora proposición”. Como observó Martha Eva Rocha, su “sola participación en el espacio público las convierte en subversivas, en la medida en que transgreden el espacio que les corresponde en el orden social de la época: el privado del hogar doméstico”.⁴⁷

Pero no sólo los hombres oaxaqueños reaccionaron a tan atrevidas peticiones de ese grupo de mujeres, sino también las mujeres conservadoras. El activismo de las juaristas impulsó a grupos de mujeres católicas para que se organizaran y trabajaran en favor de la candidatura de Félix Díaz y en contra de la del “masón” Juárez Maza, hijo del otro masón Juárez, acérrimo enemigo de la Iglesia. El periódico felicista *El Sufragio Libre* publicó un pliego, “La mujer oaxaqueña”, firmado por 51 mujeres de Nochixtlán el

⁴⁶ *El Avance*, 18 y 23 de julio de 1911.

⁴⁷ *El Avance*, 26 y 27 de julio de 1911; Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, p. 452.

5 de julio de 1911. En él alabaron a Félix Díaz, “bien conocido por sus virtudes cívicas, por su buen entendimiento sobre la *democracia*”, mientras que criticaron a Juárez Maza por no haber estado “en contacto con el pueblo”. Declararon que consideraron a “la mujer como base de la sociedad”, pero que debía limitarse a ser la “más ferviente propagandista de la democracia: su misión como madre es sublime; su influencia en el hogar es poderosa y meritoria”, mas su papel era ser el apoyo de los hombres.⁴⁸ Seguía:

La mujer mexicana —clásica por su abnegación y constancia y siempre dispuesta a consumir actos de heroísmo en pro de la buena causa— debe encauzar los elementos que tenga a su alcance, entusiasmando y dando vida al sentimiento patriótico de esos hombres raros (por ser pocos) que sacrifican hogar, intereses, tranquilidad y bienestar en pro del bien general y engrandecimiento de la patria [...] La *mujer oaxaqueña* aunque desprovista de derechos políticos, se interesa como el que más por el bienestar social que es la base de la felicidad pública. ¡¡¡Que cumpla con su delicada misión de inspirar á los seres más queridos de su corazón sentimientos de justicia y patriotismo!!!⁴⁹

Lo interesante de esta posición es que reconoció abiertamente la capacidad de la mujer de entender y opinar sobre cuestiones políticas, y por ello exigieron respeto a su inteligencia. Aunque abogaba para que la mujer restringiera aquellas actividades al hogar —reafirmando las ideas de las esferas separadas—, con publicar tal opinión en un periódico, ¡ellas mismas habían entrado en la esfera pública!

No obstante, las oaxaqueñas no cesaron en sus actividades políticas. En Asunción Etla surgió otro club juarista femenil, el Club 26 de Noviembre de 1857. En Teposcolula se fundó el Club Mártires de la Soberanía Nacional, de filia-

ción maderista; su presidenta fue Luz Santaela de Odriozola, su vicepresidenta fue Sabina Herrera, y su tesorera, Gertrudis P. de Abrego. Cerrando su pliego con “¡VIVA FRANCISCO I. MADERO! ¡VIVA EL DR. VÁSQUEZ GÓMEZ! ¡VIVA D. BENITO JUÁREZ MAZA!”. Firmaron 74 mujeres. En respuesta a los insultos contra las mujeres activistas, preguntaron: “¿Os sorprenderá nuestra franca declaración al tomar participio [*sic*] en asuntos políticos? Pues no os admiréis porque se versan los intereses de nuestra querida patria [...] Amamos la libertad, no el libertinaje y apoyaremos a los héroes que nos han devuelto ese inestimable bien, esa joya valiosa que estaba como la perla en su concha”.⁵⁰

El 27 de julio se efectuaron las elecciones y logró un triunfo arrollador Juárez Maza. Pero sólo gobernó siete meses (murió en abril de 1912), durante los cuales tuvo que enfrentar varias rebeliones, entre ellas la rebelión chegomista de los juchitecos, que estalló el 2 de noviembre de 1911 en oposición al nombramiento —hecho en octubre por Juárez Maza— de Enrique León como jefe político. En ese momento, *Che* Gómez se desempeñaba como jefe político de Juchitán y se negó a entregar el puesto a León. Los chegomistas se levantaron en armas, ocuparon Juchitán y sitiaron a las fuerzas federales. El gobernador mandó más soldados, quienes lograron retomar la ciudad, mientras que Juárez Maza mantuvo a León en el puesto, en un intento por evitar el fortalecimiento del cacicazgo de *Che* Gómez. Los chegomistas seguían en armas y las mujeres se unieron a sus filas. Hay una muy famosa foto de las juchitecas sentadas agarrando sus fusiles y viendo a la cámara con feroz mirada.⁵¹ (figura 5)

Cuando Madero intentó mediar en la situación, el gobierno estatal de Juárez Maza lo entendió como una violación de su soberanía. Ambrosio Figueroa, el gobernador del vecino

⁵⁰ *El Avance*, 28 y 30 de julio de 1911.

⁵¹ Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*; Héctor Luis Zarauz López, “El Porfiriato y la Revolución...”, *op. cit.*; Paul Garner, *La Revolución en la provincia...*

⁴⁸ *El Sufragio Libre*, Oaxaca, 26 de julio de 1911.

⁴⁹ *Idem*; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 55.

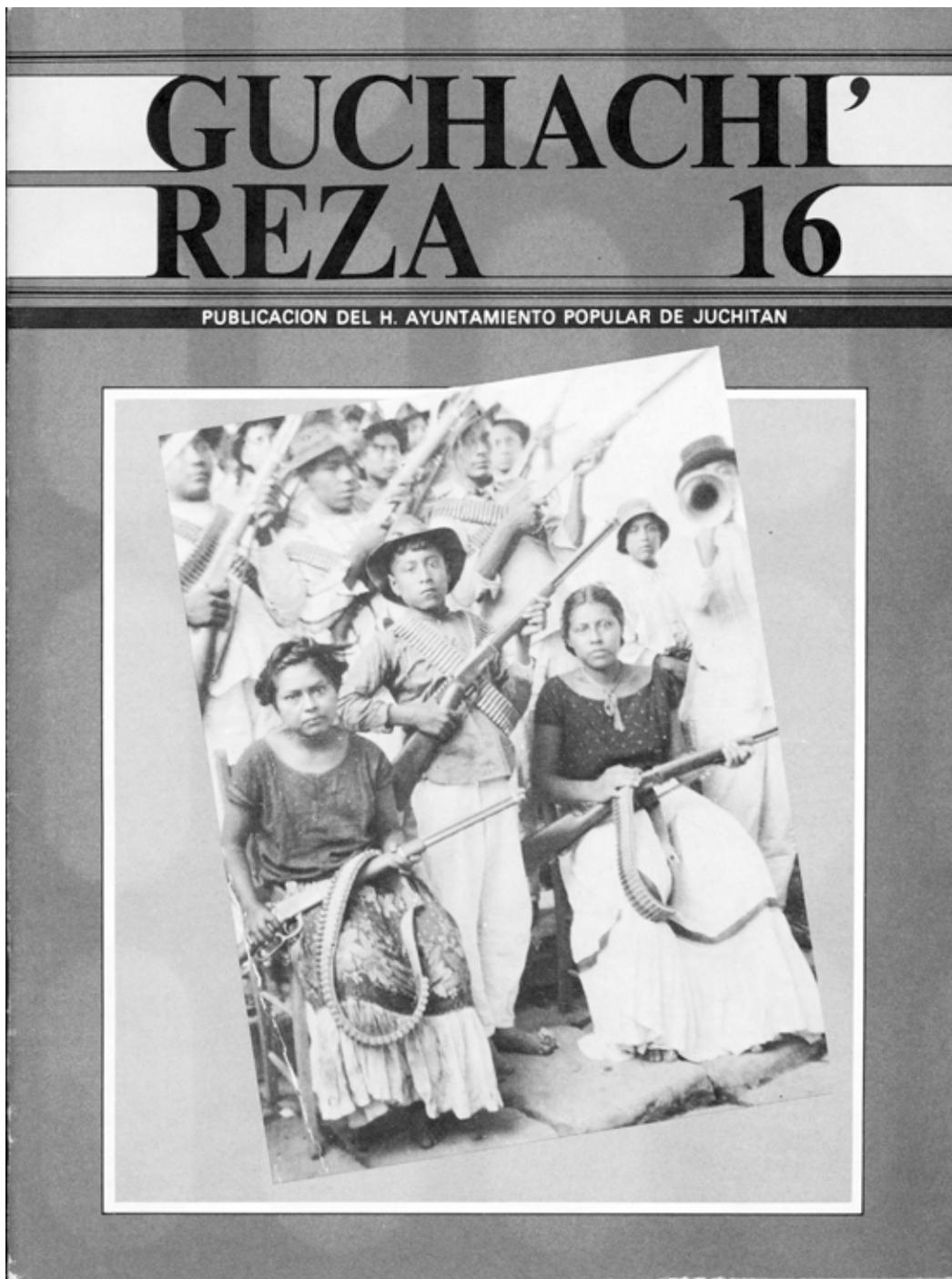


Figura 5. Guerrilleras juchitecas en 1911. Fuente: portada de la revista *Guchachi' Reza*, núm. 16, septiembre de 1983

estado de Guerrero, también se inmiscuyó en el asunto y ofreció a Madero ir al Istmo de Tehuantepec para restablecer la paz. Cuando esta noticia se reprodujo en la prensa local, provocó una reacción furibunda y un grupo de oaxaqueñas enviaron un telegrama a Figueroa. Le informaron que ellas, encabezadas por Margarita Vásquez, Adela Martínez, Joaquina Ramírez, María e Imelda Sánchez, Concepción Martínez, Dolores Angulo y Mauricia Bolaños, al lado de casi otras cien mujeres, “creémonos suficientes defender de su heroísmo nuestro amado territorio”.⁵²

Juárez Maza viajó a la región Istmo para intervenir en la situación. Se hospedó en la casa de Juana Catarina Romero, jefa de los Rojos tehuanos, quien organizó un banquete en su honor; por otra parte, el gobernador también estuvo en contacto con los hermanos Santibáñez, de los Verdes. Cuando *Che* Gómez le pidió una entrevista, le fue negada, y en cambio, Juárez Maza ordenó que se capturara al opositor; luego de su detención, fue asesinado el cuatro de diciembre. Muchos han creído que el gobernador Juárez Maza fue el autor intelectual de ese crimen. Mientras que algunos juchitecos se acogieron a la amnistía ofrecida por Juárez Maza, otros se mantuvieron en rebelión, entre ellos la viuda de Gómez, Rosaura Bustamante, quien de allí en adelante encabezaría una facción chegomista, que después se alió con las fuerzas de Venustiano Carranza.⁵³

En su estado natal, la lealtad a Porfirio Díaz —entonces ya en exilio en Europa—, no faltaba. En la ciudad de Oaxaca, cada año se celebraba el 2 de abril en conmemoración a la Batalla de Puebla de 1867, en que se derrotó a las fuerzas del imperio de Maximiliano. Pero ahora, con el triunfo de la Revolución, esto se

volvió sumamente problemático. No obstante, el 2 de abril de 1912, los porfiristas oaxaqueños organizaron una manifestación con la participación de “numerosos grupos de estudiantes y mujeres”. Según *El Avance*, cuando una señorita puso un ramo de flores al pie del monumento conmemorativo en la calzada Porfirio Díaz, el jefe de los gendarmes ordenó que un policía las retirara y las desechara. La señorita se enojó y las recogió diciendo: “Mientras yo esté acá no las tirará nadie”. Cuando unas horas después, los porfiristas trataron de volverse a reunir ante el monumento, fueron impedidos por el jefe político Constantino Chapital, quien les dijo que cualquier manifestación necesitaba tramitar previamente un permiso con las autoridades. Por eso, no se les permitía pasar. El numeroso grupo de porfiristas lanzaron “gritos de mueras a Madero, a Díaz Quintas y al propio Chapital, pero no lograron su propósito, porque éste se mantuvo firme con la fuerza armada impidiendo la marcha de la manifestación”. Decidieron ir a la casa del licenciado Guillermo Meixueiro, donde fueron bien recibidos; allí, en el patio de la casa, hicieron su homenaje ante un retrato del general Díaz. En la noche, varios porfiristas seguían rondando por las calles de la ciudad y cuando llegaron ante las casas de los licenciados Díaz Quintas y Chapital gritaron ofensas y algunos lanzaron piedras que rompieron varios cristales de las ventanas. Esto causó alarma y varias personas fueron detenidas.⁵⁴

En esos años inseguros, con muchas facciones en conflicto, la mujer siempre tuvo que preocuparse por los suyos. Después de 1912 y sobre todo a partir de 1913, peligraban las vidas de muchos de los que habían organizado la oposición a Díaz y militado en la revolución maderista. Susana Barrios, hermana de Ángel Barrios —precursor radical, general revolucionario y anteriormente jefe del Ejército Libertador del Sur en la Cañada—, publicó en la prensa una carta que escribió al presidente Madero en la que denunciaba “los atentados de que fue víctima al visitar a su hermano en la penitenciaría”.

⁵² Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁵³ Luis Santibáñez Gómez, *op. cit.* Sobre Juchitán, véase Héctor Luis Zarauz López, “El Porfiriato y la Revolución mexicana...”, pp. 141-142; Rodolfo Gutiérrez Montes, “La Revolución mexicana en Juchitán...”, *op. cit.*; Ángel Bustillo Bernal, *op. cit.*, p. 53; Víctor de la Cruz Pérez, *El general Charis y la pacificación del México postrevolucionario*, México, CIESAS, 1993.

⁵⁴ Basilio Rojas, *op. cit.*, pp. 21-22.

Ya de regreso a su casa, la detuvo un agente de la policía y la transportó a la Inspección de Policía, “donde se le sujetó a un registro denigrante, hasta obligarla a desvestirse completamente”. La detuvieron hasta altas horas de la noche y acto seguido su hermano Ángel fue puesto bajo rigurosa incomunicación. En su carta, Susana Barrios preguntaba si así se procedía en una democracia. Igualmente, Josefina Sarmiento de Oseguera, esposa del revolucionario oaxaqueño Manuel Oseguera —quien se encontraba todavía levantado en armas—, fue detenida; a pesar de estar en estado de salud precaria en San Juan de los Cúes, el jefe político de Teotitlán del Camino, Ramón Díaz Ordaz, envió un piquete de rurales para aprehender a la señora Sarmiento el 17 de junio de 1912. Fue llevada a la ciudad de Oaxaca y conducida presa al hospital general. El día 9 de julio, todavía en estado de salud delicado, una pequeña escolta militar maderista la llevó a Puebla por el ferrocarril consignada por el juez por el delito de rebelión.⁵⁵

Cuando Juárez Maza falleció en abril de 1912, la oligarquía vallista aprovechó la división entre las fuerzas revolucionarias para recuperar el poder con la elección de Miguel Bolaños Cacho como gobernador; unos meses después, cuando Victoriano Huerta llevó a cabo el golpe de Estado contra de Madero y luego lo mandó asesinar, Bolaños Cacho reconoció el régimen de Huerta. En la ciudad de Oaxaca hubo bastante regocijo entre los elementos felicistas, quienes vieron eso como una gran oportunidad para que “el sobrino del tío” ascendiera a la presidencia. El 24 de febrero mucha gente se reunió frente a la catedral para ir en procesión hacia la iglesia de la Soledad “para dar gracias a la Santísima Virgen de la Soledad por haber triunfado la revolución felicista”. Destacaron entre los concurrentes las damas de la alta sociedad, quienes llevaron “ramos de flores y ve-

⁵⁵ *Ibidem*, pp. 16, 39 y 43; Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit.*, pp. 115-116 y 124. Posteriormente, Susana Barrios estuvo entre las zapatistas condecoradas durante el cardenismo. Tanto ella como Ángel se habían pasado a Morelos durante la Revolución. Véase Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeledía...*, p. 60.

las encendidas, formando una nutrida y larga columna”. Se encendieron muchos cohetes, se lanzaron muchos gritos de “¡Viva Félix Díaz!” y “¡Muera Madero!”. Al llegar al templo, el canónigo Mariano Palacios cantó un *Te Deum*, también en agradecimiento por el éxito del general Félix Díaz. Según el reportero de *El Avance*, “la mayor parte de la sociedad oaxaqueña acudió a dicha festividad”.⁵⁶

El régimen de Bolaños Cacho se fue volviendo más represivo, con imposiciones de políticos afines tanto en la administración de la ciudad como en los distritos. Varios de los liberales precursores de la Revolución en Oaxaca, como Manuel Oseguera y Faustino G. Olivera, fueron asesinados. Ante el inminente peligro que enfrentaba Adolfo C. Gurrión, respetado maestro precursor y revolucionario juchiteco, su madre, la señora Juana C., viuda de Gurrión, rogó por salvar su vida ante el gobernador Bolaños Cacho, sin éxito. Gurrión también fue asesinado por las fuerzas federales huertistas en agosto de 1913.⁵⁷

El constitucionalismo y la soberanía

Con la oligarquía vallista de nuevo en el poder en la ciudad de Oaxaca, Juan José Baños y los rancheros de la Costa Chica reivindicaron el Plan de Guadalupe de Venustiano Carranza y se aliaron con el constitucionalismo. La misma María Aguirre, viuda de Pérez, se prestó a abastecer a las tropas costeñas. En enero de 1915, Pinotepa fue atacada por las fuerzas anti-constitucionalistas de Mariano Romero, Alberto Rodríguez Méndez, alias *Pildorita*, y Fidel Baños, supuestamente aliados con los zapatistas. El coronel Juan José Baños dirigió la construcción de una línea de trincheras para defender la ciudad y a sus habitantes. Ésta incluía las casas de varias mujeres, entre ellas María Aguirre, Natividad Peña, Hermelinda Galán, Paula Rivero y Josefa Baños. Ellas también prestaron

⁵⁶ Basilio Rojas, *op. cit.*, pp. 25-26. Para entonces, ya había sido asesinado Madero.

⁵⁷ Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit.*, pp. 141-142.

sus casas para que se refugiaron allí los vecinos del pueblo. La viuda María Aguirre surtió con comida y víveres a las tropas constitucionalistas costeñas, como debían haberlo hecho otras muchas mujeres. Se desató una batalla feroz en la ciudad, a la que siguió un cese de fuego. Entonces Romero, Rodríguez y Baños enviaron una carta a Juan José Baños exigiéndole la rendición para evitar más violencia; además, enviaron una carta dirigida a la viuda María Aguirre, quien era una mujer de mucho poder y prestigio, pidiéndole que influyera sobre el coronel Baños para que entregara la plaza, y si no, ofreciéndole un salvoconducto para salir de Pinotepa.⁵⁸ María Aguirre contestó a la carta de Rodríguez Méndez el 19 de enero de 1915:

Agradezco las facilidades y garantías que me ofrece para salir de esta plaza, con la carta de Ud. como salvoconducto. Como tengo hijas grandes y estamos completamente rodeados de bandidos, me es imposible aceptar su ofrecimiento y salir a correr un riesgo seguro, cuando en la población veo que tenemos toda clase de garantías y seguridades. Además, me he formado el propósito de que tanto yo como mis hijos, conservaremos la vida o la perderemos si tal es nuestro destino, en el interior de nuestra casa y de nuestro pueblo, antes que ir a mendigar favores de personas que me son completamente extrañas y enemigas gratuitas de mi pueblo. Mi casa está claraboyada como todas las de la población, por disposición de la autoridad militar que ha preparado la defensa, y en las trincheras presta sus servicios mi hijo mayor. Si por su desgracia, la bala de un bandolero llega a matarlo, sería un orgullo para mí, que hubiera muerto en el cumplimiento del sagrado deber que tiene, de defender a su familia, sus intereses y su tierra natal; y en este desgraciado ca-

so mandaría al que le sigue, que también puede ya manejar un fusil, que fuera sustituirlo. De usted atenta y segura servidora, María Aguirre.⁵⁹

Éstas son palabras valientes de una mujer convencida. Algunas fuentes dicen que ella combatió en las filas constitucionalistas al mando de Juan José Baños, pero no hay evidencia de eso ni se indica en la versión de su hijo, Juan Evencio Pérez, que se cita acá. Al fin, la gente de Pinotepa logró desalojar y dispersar a los atacantes. Pero una mujer, Ester de la Rosa, sí luchó con las fuerzas constitucionalistas de Juan José Baños y murió el 30 de enero de 1916, en combate contra los soberanistas en Miahuatlán.⁶⁰

Delfina Garmendia, viuda de Monroy, hermana del coronel constitucionalista oaxaqueño, Gustavo Garmendia Villafañe, arribó a Oaxaca a principios de 1914. Con la ayuda del estudiante Rafael Márquez Toro, ella anduvo difundiendo propaganda constitucionalista entre los soldados de la guarnición. En particular distribuyó una invitación mimeografiada de Carranza a las tropas federales para que se integraran al constitucionalismo. Después, doña Delfina siguió este empeño en los estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas.⁶¹ Rosamunda Palacios, Elodia Arce Arciniega, Rosa Salas y otra maestra de apellido Vivas también llegaron a la ciudad de Oaxaca con el deseo de difundir las ideas constitucionalistas entre los maestros de la capital estatal. Tenían la intención de desarrollar una serie de conferencias cívicas, por eso traían una carta de presentación firmada por el Primer Jefe, la cual entregaron al gobernador José Inés Dávila; él, conocido felicista, les aseguró que no era necesario, dado que en la entidad esas mismas actividades ya las estaba realizando los maestros oaxaqueños. Las maestras, entonces,

⁵⁸ Juan Evencio Pérez, "Apuntes para la historia de la Revolución en la Costa Chica", *Oaxaca en México*, 8 de septiembre de 1937, pp. 28-30.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 29-30. Rodríguez conocía a María Aguirre desde antes de la Revolución, cuando él había sido agente viajero para una compañía de farmacéuticos y los vendía a su negocio.

⁶⁰ *Idem*; Anselmo Arellanes Meixueiro *et al.*, *op. cit.*, p. 190.

⁶¹ Alfonso Francisco Ramírez, *op. cit.*, p. 161.

volvieron a Veracruz.⁶² Entre tanto, sabemos que Paula Cuevas Paz era una de las oaxaqueñas que difundía la propaganda constitucionalista en la ciudad de Oaxaca.

En julio de 1914, los jefes serranos Guillermo Meixueiro, Fidencio Hernández e Isaac Ibarra emitieron el Plan de la Sierra Juárez, con tal de derrocar al gobernador Bolaños Cacho. Para evitar la ocupación de la ciudad de Oaxaca por los serranos, la elite vallista reemplazó al gobernador con el licenciado Francisco Canseco, quien había sido tenaz enemigo de los precursores liberales antes de 1911. La Convención de los Jefes Revolucionarios en la Ciudad de México rechazó las credenciales de los enviados oaxaqueños (entre ellos, Canseco) y los acusó de ser reaccionarios felicistas. A principios de 1915, la oligarquía porfirista sólo dominaba los Valles Centrales y la Mixteca, mientras que el constitucionalismo estaba avanzando en las periferias de la entidad, creando un cerco a los Valles Centrales. Juan José Baños, a la cabeza de los rancheros de la Costa Chica, y Adolfo Palma y sus tropas en Tuxtepec, ya se habían decantado por el constitucionalismo. Los carrancistas habían llegado al Istmo de Tehuantepec y Jesús Carranza, hermano del Primer Jefe, estaba dirigiendo el licenciamiento de las tropas federales allí. Pero cuando Jesús Carranza fue asesinado en enero de 1915 y luego hubo intento de golpe de Estado carrancista en la ciudad de Oaxaca, las relaciones entre el gobierno del estado y los constitucionalistas, ya frías, se rompieron definitivamente, aislando el gobierno oaxaqueño de las principales corrientes revolucionarias.

Los carrancistas establecieron su cuartel general en el puerto de Salina Cruz, determinados a acabar con el foco “reaccionario” porfirista en la ciudad de Oaxaca. Mercedes Olvera encabezaba entonces un grupo femenino carrancista nombrado Josefa Ortiz de Domínguez, en Juchitán. En julio de 1915 ella fue formalmente nombrada “agente de propaganda” por la División Veintiuno del Ejército Constitucionalista,

⁶² *Ibidem*, p. 56.

en un documento que decía: “Se suplica a las autoridades civiles y militares se sirvan prestarle su apoyo y facilidades para el desempeño de su encargo”.⁶³ Bajo el mando del general Jesús Agustín Castro, en marzo de 1915 los carrancistas avanzaron sobre la costa con el objetivo de tomar la capital estatal. El gobierno del estado respondió al creciente cerco con el decreto de la soberanía del 3 de junio de 1915, en que reasumió su soberanía (pero no declaró la independencia, como algunos han afirmado erróneamente).

Desde el cuartel carrancista, en Salina Cruz, J. C. del Pino y otros istmeños enviaron un informe al Primer Jefe en febrero de 1915, después del asesinato de su hermano, Jesús Carranza, en el Istmo. Condenaron las acciones de los porfiristas en la región, quienes —según los informantes— trataban de mantener sus privilegios y monopolios. Esta lista incluyó a:

Juana Cata Romero, comerciante de Tehuantepec (la verdad es amarga, pero es preciso), ésta fue cuartelera y concubina del Gral. Díaz en tiempos de la Santa Guerra de Reforma (1858), cuando éste operó por el istmo, cuyos ideales traicionó más tarde, querida del tristemente célebre coronel imperialista y traidor Remigio Toledo, de Tehuantepec, que fue ayudante de Díaz y después defensor de Maximiliano, éstos dos tráfugas la hicieron rica a bayonetazos con dinero amasado de lágrimas y sangre. Durante el reinado de Díaz fue colmada de honores y nadie osó decirle cosa alguna siendo amiga íntima del clero con quien tiene estrechas relaciones pues año tras año felicita al papa en su cumpleaños.⁶⁴

Como jefa del Partido Rojo, Juana Cata inevitablemente fue etiquetada de porfirista y odiada por esos antiguos maderistas. Sin embargo, ella era muy hábil y supo adaptarse a los cam-

⁶³ Martha Eva Rocha, *Los rostros de la rebeldía...*, p. 170.

⁶⁴ “Una carta contra los porfiristas sobrevivientes”, *Guchachi’ Reza*, núm. 42, 1993, p. 23.

bios políticos. Aunque los hermanos Santibáñez habían tenido que ver con el saqueo de su gran tienda anteriormente, la señora Romero concertó un arreglo con ellos. Según Bustillo Bernal, para 1914, Juana Cata estaba contribuyendo al financiamiento de las tropas de Alfonso Santibáñez, las cuales ya se habían integrado a las fuerzas constitucionalistas de Jesús Carranza. Y aunque cuando llegaban los revolucionarios, la mayoría de los comerciantes cerraban sus negocios y se escondían por temor al saqueo, ella los atendió en su tienda La Istmeña, vendiéndoles tela de algodón, sarapes, cobijas, sombreros, huaraches y machetes. Para Juana Cata, el negocio se sobreponía a las alianzas políticas.⁶⁵

El doctor Samuel Villalobos recordó haber visto a Juana Cata ya en los últimos años de su vida, en 1914 y 1915, cuando el Istmo estaba ocupado por las fuerzas carrancistas, despachando todavía en su tienda. Él contó que “llevaba un vestido gris perla, sus lentes con armadura de oro pendían de un cordón negro y sujetos a un ganchito sobre el lado izquierdo de su blusa. La cabeza blanca, la piel pálida y marchita; todavía se notaba en su actitud algo de aquella energía y de aquella distinción que hicieron de ella una mujer de excepcional prestigio”.⁶⁶ En 1915, la señora Romero enfermó y partió en el tren rumbo a la Ciudad de México para obtener atención médica; sin embargo, su condición agravó en el camino y tuvo que bajar en Orizaba, cuartel central constitucionalista, donde murió el 19 de octubre, a un mes para cumplir los 78 años. Tanto prestigio tenía Juana Cata y tan buenas relaciones había establecido con los carrancistas que ellos arreglaron que se transportara el cuerpo de esa conocida porfiriana a

Tehuantepec en un tren especial con una escolta de soldados constitucionalistas.⁶⁷

Otra mujer excepcional, Rosaura Bustamante, se había casado en segundas nupcias con José *Che* Gómez y tuvo cinco hijos con él. Tras el asesinato de su esposo, ella llevó adelante la lucha, pero luego tuvo problemas con Felipe J. López, un lugarteniente del cacique, quien dirigía otra facción chegomista rebelde a mediados de 1912. Durante el gobierno de Bolaños Cacho, Rosaura Bustamante, viuda de Gómez, fue capturada y enviada a la prisión militar de Veracruz en marzo de 1914, acusada de apoyar al constitucionalismo. En abril le dijeron que la iban a deportar a Quintana Roo con sus cuatro hijas; pero en cambio ella consiguió su libertad y regresó a casa. Cuando llegó el general Jesús Carranza al Istmo de Tehuantepec, ella se puso a sus órdenes y sus tropas chegomistas se incorporaron a las filas carrancistas. Rosaura y sus hijos acompañaban al general Jesús Carranza en la región precisamente el día en que fue asesinado por Alfonso J. Santibáñez. Ella y varios de sus hijos lograron escapar, pero su hijo mayor, de su primer matrimonio, Mario Palacios, fue asesinado al lado de Carranza. Rosaura Bustamante era fiel carrancista y se continuó comunicando con el Primer Jefe hasta su muerte. Ella mantuvo una presencia muy activa en Juchitán en una facción del partido Verde, aquella que luchaba para que la carrera política de su hijo José F. Gómez, *Chechito*, avanzara. En 1920, Bustamante participó en el Club Político José F. Gómez, que secundó las candidaturas carrancistas de Ignacio Bonillas para presidente y del general Carlos Tejada para gobernador de Oaxaca, incluso publicó un manifiesto en la Ciudad de México en apoyo a los candidatos. Posteriormente se carteó también con el presidente Obregón.⁶⁸

⁶⁵ Ángel Bustillo Bernal, *op. cit.*, pp. 53, 62; César Rojas Pétriz, “Juana C. Romero, el Imperio, el Porfiriato y la Revolución”, *Da’ani Béedxe*, núm. 13, septiembre-octubre de 1994, p. 15. Pero luego, Alfonso Santibáñez fue el culpable del asesinato de Jesús Carranza.

⁶⁶ Samuel Villalobos, “Doña Juana C. Romero”, *Istmo*, 15 de julio de 1941, p. 5.

⁶⁷ Entrevista a Juana Moreno Romero, viuda de Salazar, realizada en Tehuantepec, 20 de julio de 1996; César Rojas Pétriz, *op. cit.*, p. 10; y entrevista, realizada en Tehuantepec, 22 de julio de 1996.

⁶⁸ Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca...*; Ángel Bustillo Bernal, *op. cit.*; “Versión de Eloísa Gómez Bustamante”, en Macario Matus Gutiérrez, “La Re-

Las soldaderas oaxaqueñas

Por todo México, las mujeres siguieron a sus hombres como soldaderas durante la Revolución. Dos de las más famosas soldaderas de todo México fueron istmeñas: Angelina Jiménez, conocida como Teniente Ángel, nació en Jalapa del Marqués el 6 de enero de 1896. Fue hija de un jefe político de Tehuantepec, Manuel Jiménez y una indígena zapoteca. Se puso en contra del gobierno después de que unos soldados federales trataron de violar a su hermana. A raíz de esto, Angelina juró dedicarse a matar a federales. Se hizo soldadera cocinera y luego, cuando militó en las filas revolucionarias, se vistió de hombre. Llegó a combatir al lado de los zapatistas y los villistas, pero tras sufrir una herida de bala se retiró a Estados Unidos. En California, años después, fue fundadora de la Organización de los Veteranos de la Revolución.⁶⁹

Algunos han dicho que su vida sirvió de modelo para la heroína de la novela, *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska, pero no es cierto. Según la autora misma, ella conoció a Josefina Bórquez, quien vivía muy humildemen-

volución en Juchitán...”, *op. cit.*, p. 108. Para una versión más crítica de Rosaura Bustamante, véase Víctor de la Cruz Pérez, *op. cit.*

⁶⁹ Elizabeth Salas, *op. cit.*, pp. 68-80; *Las mujeres en la Revolución mexicana, 1884-1920*, p. 55; Anselmo Arellanes Meixueiro et al., *Diccionario histórico*, p. 119. La fuente fundamental para información sobre la teniente Ángel son sus propias memorias, que narró muchos años después y están reproducidas en Esther R. Pérez, James y Nina Kallas, *Those Years of Revolution 1910-1920: Authentic Bilingual Life Experiences as told by Veterans of the War*, San José, Cal., Aztlán Today, 1974. Todas las fuentes toman como verídica la información que proporcionó Jiménez, pero hay muchas contradicciones y errores históricos en su versión; por ejemplo, dice que su padre, quien fue jefe político porfirista, luego se volvió revolucionario y que le siguieron los indígenas zapotecas de la región. Mi investigación no ha encontrado nada que compruebe esa afirmación. Además, como jefe político porfirista, Manuel Jiménez tuvo que dimitir con el éxito de la Revolución. Hay varios detalles pocos claros, así que se debe tener mucho cuidado con su “memoria”. Para la historia del caso más famoso de cambio de género, véase Gabriela Cano, “Unconcealable Realities of Desire: Amelio Robles’s (Transgender) Masculinity in the Mexican Revolution”, en Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano (eds.), *op. cit.*, pp. 35-56.

te en una vecindad cerca de la penitenciaría de Lecumberri, en la Ciudad de México, en 1964 (años antes de la publicación de las memorias de Jiménez, en 1974). A través de muchas horas de entrevistas, Poniatowska fue conociendo y acercándose a Josefina, quien tenía un carácter bastante difícil. La novela *Hasta no verte Jesús mío* (cuya primera edición es de 1969) se basó en la vida de Bórquez, su trayectoria como soldadera y su constante lucha para sobrevivir la pobreza.⁷⁰

Josefina Bórquez nació cerca del pueblo de Mixtequilla en el distrito de Tehuantepec probablemente en 1900 o 1901. La novela cuenta su historia y cambia su nombre a Jesusa Palancares. Su madre murió cuando era muy joven y su padre era muy inquieto, por lo que cambiaba seguido de empleo. Se mudaron constantemente, a veces a Tehuantepec y otras a Salina Cruz. Su padre la dejó con quien ella llamaba su madrastra, que la enseñó los quehaceres domésticos (aunque le pegaba todas las noches). Se unió a la Revolución cuando su papá anduvo con los carrancistas en el Istmo.⁷¹ Muy joven-cita, ella lo acompañó para cuidarlo y describió la vida de la soldadera:

Mi papá andaba a pie y yo tenía que seguirlo en la infantería. Yo cargaba con la canasta con los trastes [...] Yo iba nomás con mi canasta en el brazo: plato, taza, jarro, una cazuela para hacer café o freír alguna cosa que fuera a comer mi papá. No cargaba muchos trastes, ¿para qué los quería? Con un plato y una taza era suficiente. Nos trajeron con la escolta por Chilpancingo, Iguala, Chilapa hasta Puente de Ixtla: y la emprendíamos a las tres, cuatro de la mañana según a la parte que nos tocaba ir, y llegábamos a las cinco, seis de la tarde o siete de la noche. Allí nos quedábamos y al

⁷⁰ Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío*, México, Era, 1969; Elena Poniatowska, “Introduction”, en *Here’s to You, Jesusa!*, Nueva York, Penguin Books, 2001, pp. VII-XXX.

⁷¹ Elena Poniatowska, *Hasta no verte...*, pp. 17-42.

otro día, de madrugada, ándenles, a echar palante y de allí pal real.

A nosotras las mujeres nos mandaban de avanzada. Llevábamos enaguas largas y todas, menos yo, sombrero de petate. Yo nomás mi rebozo. No me calaba el calor. Si por casualidad nos encontrábamos con el enemigo y nos preguntaba que qué cantidad de gente vendría de los carrancistas y si traían armamento suficiente, nosotros decíamos que no, que eran poquitos y con poquito parque: si eran dos mil o tres mil hombres, decíamos que eran mil nomás. Decíamos todo al revés, y ellos no se daban cuenta.⁷²

Así, las mujeres también contribuían a la lucha dando mala información al enemigo. Al llegar a donde acamparían, se ponían a buscar comida. Luego forzaron a Bórquez a casarse con un teniente (Pedro Aguilar en la novela), quien con tal de vigilarla, la hizo vestir de hombre y entrar al combate. Según ella, la mayoría de mujeres que entraron al combate fueron forzadas por sus hombres. Entonces, ella cargaba “pistola al cincho; pistola y rifle porque la caballería lleva el rifle a un costado del caballo. A lo que me dedicaba era a cargarle el máuser a Pedro, el mío y el suyo; mientras él descargaba el que tenía en las manos, yo estaba cargando el otro cuando ya él me pasaba el vacío”.⁷³ La novela de Poniatowska proporciona una versión bastante convincente de la vida de la soldadera (figura 6).

Gracias a las valiosas recopilaciones de Macario Matus y Víctor de la Cruz tenemos disponibles las memorias de varias otras soldaderas istmeñas quienes anduvieron en la bola. Anastasia Martínez apenas tenía diez años cuando acompañó al campo de batalla a su madre, Adolfa Jiménez, hija del conocido juchiteco Albino Jiménez (Binu Gada, héroe de la Intervención francesa), quien servía como enfermera y cocinera para las tropas juchitecas. También fueron otras mujeres según Anastasia: sus tías

Juana, Paula y Valeria, Checha Ngoola, Cata Tama, Nisia Vidal, Linda Bali y Cata Viví. Ella recuerda el carácter fuerte, “atrabancado”, de su mamá:

El día que llegó la tropa de Carranza aquí en Juchitán la encomendaron para que controlara a los hombres y que todos portaran banderas blancas. Unos hombres se fueron a otros pueblos. Cuando llegaron las fuerzas de Carranza, la felicitaron por su labor de tranquilidad y apaciguamiento de los juchitecos, pues la orden que traían era que si alguno se oponía, iban a arrasar a Juchitán. Pero gracias a ella hubo calma y sin ningún disparo.⁷⁴

Valentina Vázquez Robles, conocida como Tina Huaga, anduvo con las tropas bajo el mando del general juchiteco Heliodoro Charis. Cuando le preguntaron por qué fue soldadera, dio la explicación de muchas: “Pues por qué no había de ir, si iban mis hijos, iba mi marido. Tenía que ir, y fui muy firme”. Demostró el famoso carácter fuerte de la mujer istmeña cuando le dijo a su hijo: “Tienes que ir, como hombre si no, yo iré y te daré un tiro”. Ella iba a buscar las tortillas y comida para los soldados. Contó que “metía los parques bajo mi huipil [...] A mí no me daba miedo. Era yo una mujer muy atrabancada, atrevida”. Cuenta que incluso a veces iba armada y que llegó a disparar su arma al enemigo. Pero no la recompensaron por sus esfuerzos y eso le dio mucho coraje. Tina Huaga aseguró que después: “A cuando vi a Charis últimamente le menté la madre por no haberme dado siquiera un terreno para cultivar algo que comer”.⁷⁵ Como a la mayoría de las soldaderas, no le hizo justicia la Revolución, pero la juchiteca Tina Huaga no se quedó con las palabras en la boca.

⁷⁴ “Recuerdos de Anastasia Martínez”, recop. y trad. de Macario Matus Gutiérrez, *Guchachi’ Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 19-21; en Macario Matus Gutiérrez, “La Revolución en Juchitán, Oaxaca...”, pp. 147-152.

⁷⁵ “Tina Huaga, soldadera de Charis”, en Macario Matus Gutiérrez, “La Revolución en Juchitán, Oaxaca...”, pp. 152-154.

⁷² *Ibidem*, p. 66.

⁷³ *Ibidem*, pp. 90 y 110.



Figura 6. Familia tehuana, retrato, *ca.* 1910. Sinaloa, Fototeca Nacional del INAH, inv. 423129.

Ana Ruiz y otras juchitecas también anduvieron con las tropas de Charis hasta Guadaluajara y Ocotlán, Jalisco, ya en la lucha contra la rebelión delahuertista. Ana recordaba mucho a las amigas que estuvieran con ella: Tila, Nita, Juliana, Martina y la esposa de Mariano Nidzu, quien dio luz “en pleno camino”. No tenían opción, había que seguir a los esposos; así llegaron a Manzanillo, Colima. Allí, el general Charis mandó a las mujeres a lavar la ropa al río. Al respecto, Ana Ruiz rememoró que alguna vez, cuando estaban lavando ropa en el río, “tronó el fuego terriblemente. Nos echamos a correr y subimos a los carros y quedaron abandonadas las prendas de vestir”. Nunca las enseñaron a “manejar los fusiles”, porque Charis no quiso, pues alegó que había pocas mujeres y muy jóvenes. Aunque entre los hombres hubo muchas bajas, no cayó ninguna juchiteca.⁷⁶

Na Mou Dende también se fue de su casa con Margarito, su primo hermano, “con la condición de ir a conocer México”. Margarito era subteniente en el batallón que organizó el general Charis y Mou lo atendía, haciéndole de comer. Tiempo después él se juntó con otra parienta, Da Ngola, lo que dificultó la relación entre los primos. Entonces, cuando Mou llegó a Monterrey, se puso a trabajar como cocinera para otros istmeños. Anduvo por muchas ciudades del norte con la tropa.⁷⁷

Ana Ruiz había servido como cocinera en la casa de Charis antes de la Revolución y él la convenció de acompañarlo a la batalla porque sólo le gustaba la comida juchiteca; ella dejó ese trabajo cuando Charis se juntó con una mujer no juchiteca y le pidió al general que costeara su pasaje de regreso al Istmo; pero Charis le dio largas y con el tiempo Ana se hizo amante de un sargento de nombre Celestino en Saltillo. Son

⁷⁶ “Memorias de Ana Ruiz”, en Macario Matus Gutiérrez, *Guchachi’ Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 22-25. Sobre la actuación revolucionaria de Charis, véase Víctor de la Cruz Pérez, *op. cit.*

⁷⁷ “Na Mou Dende cuenta la toma de Ocotlán”, recop. y trad. de Víctor de la Cruz Pérez, *Guchachi’ Reza*, 2ª época, núm. 23, junio de 1985, pp. 26-28.

verdaderamente emocionantes las memorias de la vida de las soldaderas:

[...] traía a mi hija en los brazos y al mismo tiempo una canasta, venías paso a paso, cruzando calles, en medio del tiroteo de las ametralladoras. Queríamos llegar al hospital, donde estaban los heridos y la posible salvación. Allí nos entregaron frazadas de telas para curar heridos. Prendimos cirios a algunos que estaban ya muertos. Otros se quejaban por los destrozos en los brazos, cabezas, vientre y todo era un ¡ay!, interminable. Así estaban los demás hospitales cuando llegamos en busca de los nuestros. El fuego continuaba más fuerte, la ametralladora como un monstruo parado escupía su fuego voraz.⁷⁸

Pero la Revolución tampoco le hizo justicia a Ana Ruiz: nunca recibió una pensión del gobierno porque se perdieron los documentos de su esposo necesarios para tramitarla.

La Revolución afectó la vida de las mujeres de diversas maneras. Indudablemente, el año más difícil fue 1915, recordado como “el año del hambre” por todo el país. En Oaxaca, esto fue todavía más grave porque cayó una plaga de langostas que arrasó con los cultivos. Según Macario Espejel Hernández, el año de 1914 trajo “dos penas” a Oaxaca: “la Revolución y las langostas”. En abril y marzo en San Pablo Huitzo —asegura Espejel—, “sin mentir, eran millares: eran tantísimas que al ir volando opacaban los rayos del sol. Pero cuando bajaban a la tierra era lo peor. En las partes donde había alfalfa, milpa, alberja y todo lo que era verdura, al caer a ese lugar no dejaban ni un pastito, dejaban la pura tierra, a los árboles no les dejaban ni una hoja, todo era devorado por ellas”.⁷⁹ Así, la devastación del campo debida a esta plaga y la caída general de la producción causada por la partida

⁷⁸ *Ibidem*, p. 24.

⁷⁹ Macario Espejel Hernández, “Ixtlán de Juárez”, en Alicia Olivera Sedano (coord.), *op. cit.*, p. 46.

de muchos campesinos a la guerra resultó en un año de hambre terrible y muchos muertos.

Todas las clases sociales sufrían los estragos de la guerra, y la situación se complicó todavía más por la escasez del dinero en circulación. Las distintas facciones fabricaban su propio papel moneda para pagar a sus tropas, pero los comerciantes sólo querían monedas de plata; sin embargo, no se pagaba a la gente con plata, y los comerciantes se negaban a recibir ese papel, “moneda falsa”. Por otra parte, los hacendados y los comerciantes escondían y atesoraban sus cosechas y víveres, dificultando todavía más la situación urgente de las clases necesitadas. Y cuando llegaban las tropas de cualquier facción, se apropiaban de la comida y los víveres de todos. Además, en medio de la bola andaban los salteadores.

Antonio Ortiz Casas —de Santa Cruz Amilpas, en los Valles Centrales— relató cómo unos bandidos maltrataron a su madre cuando ella trató de proteger la comida de su casa durante el año del hambre. Golpearon a la puerta y dado que ella no quiso abrir, subieron al techo y se le “abalanzaron”, le quitaron las llaves que llevaba colgadas en la cintura mientras que amenazaban a la familia con rifles; aunque la mujer dijo no tener dinero, “un desgraciado le pegó de culatazos y la llevó contra un pilar para darle un balazo con su rifle”. Cuando el joven Antonio jaló al malvado de la manga para quitarlo de encima de su madre recibió un “tremendo cintarazo” con un machete. Los salteadores se llevaron todo el ganado y la comida de la casa.⁸⁰ Como las mujeres eran las responsables de comprar, guardar y preparar la comida de la casa y las soldaderas se ocupaban de las tropas, sobre ellas recaía la situación desesperante de escasez de víveres y moneda. Espejel Hernández lamentó: “¡Ay cómo me acuerdo de ese año tan triste! Porque había temor de morir de hambre o de un balazo, porque todo estaba revuelto”. Consecuentemente, en 1915, el año más álgido

⁸⁰ Véase Antonio Ortiz Casas, “Alborada de mi vida al nacer la Revolución”, en Alicia Olivera Sedano (coord.), *op. cit.*, pp. 73-74.

de la guerra civil, murió más gente a causa de las enfermedades que en el campo de batalla.⁸¹

Otro gran temor que siempre pesó sobre las mujeres fue la amenaza de violación. Durante el movimiento chegomista, la familia de la mamá de Anastasia la escondió en un baúl cuando llegaron las tropas del Rojo Pablo Pineda, quienes la acusaban de revolucionaria. Todos sabían que estaría expuesta a la violación una vez capturada. Llama la atención que las soldaderas juchitecas entrevistadas no hablaron de la violación, pero no hay duda de que la vieron andando en la bola. La violación es otra arma de la guerra: como ha notado Susan Brownmiller, es el “último botín de guerra”. Según la investigación de Joshua Goldstein, el objetivo mayor de la violación en la guerra es “humillar al enemigo al arrebatarse su propiedad valiosa”. Así es que el cuerpo de la mujer, símbolo no sólo de la posesión vital del hombre sino también del territorio local o nacional, se vuelve otro campo de batalla “a través del cual los hombres comunican su rabia a otros hombres”.⁸² Mientras que las mujeres son las víctimas, la violación en tiempo de guerra es violencia dirigida directamente contra otros hombres, la prueba de la virilidad de un ejército.

Pero estas oscuras verdades de la Revolución se opacaron con la construcción de la imagen contradictoria de la Adelita. Según una versión, la del famoso corrido, era la abnegada mujer que sacrificaba todo por su Juan soldado. Por otra, Adelita era la valiente combatiente en la Revolución. Según el estudio de Elizabeth Salas, *Soldaderas in the Mexican Military*, no se sabe quién era la verdadera Adelita. Salas encontró muchas posibles candidatas; incluso

⁸¹ Macario Espejel Hernández, “Ixtlán de Juárez”, *op. cit.*, pp. 48-49. Cuando la población no tiene qué comer, se reduce su comida o ésta es forzada a comer hojas y hasta el cuero de los zapatos, el impacto sobre su sistema inmunológico es grave y no resiste las enfermedades.

⁸² Susan Brownmiller citado en Darius M. Rejali, “After Feminist Analyses of the Bosnian Violence”, en Lois Ann Lorentzen y Jennifer Turpin (eds.), *op. cit.*, p. 27; Joshua Goldstein, *War and Gender*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001, p. 363, y Francie R. Chassen-López, “Guerra, nación y género...”

es posible que nunca existiera una sola Adelita de carne y hueso, sino que más bien fue una imagen compuesta de características de varias mujeres.⁸³

Precisamente, Gabriela Cano afirma que la figura de Adelita joven, dócil y sexy es una “idealización [...] una suerte de ‘tradición inventada’”. Según la investigadora, este “estereotipo de género” surgió después de la Revolución, en los años treinta y cuarenta, y de hecho operó como uno de esos “tropos culturales que llevó a invisibilizar a las mujeres de diversas posiciones sociales, regiones y filiaciones políticas” que participaron en la Revolución. Esa Adelita sumisa funcionó como la contraparte del revolucionario masculino valiente. En los años treinta se puso muy de moda que las jóvenes se vistieran de Adelita en los desfiles del 20 de noviembre. Según Carlos Monsiváis, “Corrieron miles o decenas de miles de versiones sobre la identidad de la verdadera Adelita, y durante una etapa, no había mexicano o mexicana que se respetara carente de un testimonio personal o familiar de Adelita”. Aparecieron muchas noticias de los periódicos, folletos y libros en los que se atestigüaba que Adelita era de Chihuahua, de Durango o muchos otros lugares. Pero ¿cómo conocer los orígenes de Adelita si nunca tuvo apellido ni lugar de nacimiento?⁸⁴

¿Cómo, entonces, se debe entender la narración de la visita de Adelita a Oaxaca en los primeros días del mes de abril de 1919, según Macario Espejel Hernández? En su relato se asienta que ella llegó en un tren militar “sentada en la defensa de la máquina; ella en medio y un soldado en cada lado, y portaba dos carrilleras de parque y su 30-30 en las manos y un paliacate rojo en el cuello, y sombrero de pal-

ma con su barbiquejo rojo: se llamaba sombrero de panelita”. En cada estación la esperaban las muchachas del pueblo, le aventaban flores o le ofrecían ramos, y Adelita les agradecía su gentileza. En Oaxaca, la recibió una bienvenida entusiasta honrando “su valentía siendo tan joven”. La tropa se cuidaba mucho de su protección pues “causaba admiración que siendo mujer anduviera entre la tropa y en plena Revolución”. La gira de Adelita en Oaxaca duró tres días. Espejel Hernández asegura que Adelita era carrancista, mientras que Valentina, también muy valiente, fue zapatista.⁸⁵ Es posible que alguna Adelita, entre las muchas que hubo sí llegara a Oaxaca en 1919. Tal vez fue soldadera o tal vez fue una actriz, o tal vez, más probablemente, tenemos aquí un ejemplo de una de esas historias de las que habló Monsiváis.

Conclusiones

Ya no puede quedar duda alguna de que las oaxaqueñas estuvieron presentes en la Revolución. Las atrevidas cuicatecas enarbolaron la bandera de la Reforma, declarando que el “fanatismo religioso” atentaba contra “nuestra honra, de nuestra conciencia, de nuestra familia y de nuestra patria”, tremendas palabras enunciadas por mujeres en 1901. En contraste, hubo mujeres, entre ellas fervientes católicas que se opusieron decididamente a la Revolución para defender la tradición y la religión, por lo que expresaron en contra de la campaña del hijo del “Masón” Juárez. Hubo algunas que incluso seguían declarándose convencidas porfiristas. En la contienda electoral participaron tanto partidarias felicistas como juarezmazistas y maderistas. Algunas revolucionarias se fueron de soldaderas; unas “atrabancadas” empuñaron las armas, y alguna se vistió de ropa masculina para combatir. Hubo casos de mujeres que encabezaban a sus facciones o desempeñaron papeles muy destacados, como Juana Catarina

⁸³ Elizabeth Salas subrayó como después de la Revolución mexicana, las soldaderas quienes entraron en combate fueron transformadas a Adelitas siguiendo a su Juan. Elizabeth Salas, *op. cit.*, pp. 91-93.

⁸⁴ Gabriela Cano, “La invención de Adelita”, *Milenio*, 20 de noviembre de 2010; Carlos Monsiváis, “Foreword: When Gender Can’t be Seen Amid the Symbols: Women and the Mexican Revolution”, en Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan y Gabriela Cano, *op. cit.*, p. 7.

⁸⁵ Macario Espejel Hernández, “Ixtlán de Juárez”, *op. cit.*, p. 58.

Romero, Rosaura Bustamante y María Aguirre, viuda de Pérez. A otras, las revolucionadas, se las llevó la bola. Revolucionarias convencidas o revolucionadas, ambas sirvieron como espías y correos, produciendo y difundiendo propaganda, proveyendo dinero, víveres y comida a la tropa mientras otras atendían a las personas heridas. Otras, como María Benita, sirvieron de símbolos culturales de un pasado heroico e imaginado. Hubo mujeres porfiristas, juaristas liberales, maderistas, juarezmazistas, chegomistas, constitucionalistas, carrancistas, soberanistas y obregonistas y, sí, hubo sufragistas en Oaxaca.

Muchas otras permanecieron en casa para cuidar a quienes se quedaban y se encargaban del negocio familiar urbano o agrícola, algunas apareciendo ante el mostrador en tiendas y otras más entrando a los campos a cultivar por primera vez. También encontraban múltiples maneras de intervenir: crearon clubes y agrupaciones femeniles a favor de sus candidatos o su causa e infundieron su pasión política en sus esposos, hijos, hermanos, padres y parientes. Es importante observar que ellas empleaban hábilmente la ideología de las esferas separadas, del deber de la mujer de mantenerse en el espacio doméstico, precisamente como la plataforma ideológica a través de la cual entrarían al espacio público: en el mismo momento que alentaban a sus hombres a pronunciarse a favor de algún candidato o de empuñar un arma, estaban asentando su derecho de actuar y hacer escuchar su voz en la vida política; tal fue el caso de las mismas felicitistas, quienes contradictoriamente defendían el papel tradicional de la mujer. Por supuesto, el ejemplo más impresionante de esa intervención política fue el de las sufragistas oaxaqueñas. Ellas exigieron el derecho de ser incluídas en la palabra *hombre*, cuestionando si esto, de veras, refería a toda la humanidad. Además, se declararon a favor de una democracia radical, “un gobierno del pueblo por el pueblo”. Si se considera que la mujer mexicana no recibió el voto universal sino hasta 1953, ¡qué impresionante declaración en 1911!

Pero no siempre todo era tan claro en términos de ideología. La Revolución y sus facciones presentan una historia sumamente enredada y compleja, que definitivamente no se puede reducir a los buenos y los malos. Muchos cambiaron de bando (y más de una vez), en un momento haciendo un papel admirable, y en otro, uno problemático. Por ejemplo, Juana Cata Romero, porfirista muy astuta, rápidamente aprendió a negociar con la Revolución con tal de proteger sus intereses, mientras que María Aguirre, de ranchera represora de una revolución agraria indígena se volvió heroína constitucionalista. En varios estudios sobre las mujeres en la Revolución, ella y Angelina Jiménez son las únicas oaxaqueñas que se mencionan como revolucionarias.

Muchos estudiosos han señalado que en años de guerra se exageran las definiciones de masculinidad y feminidad. Como se ha expuesto aquí, la guerra favorece definiciones de masculinidad basadas en la valentía en el campo de batalla, la determinación de arriesgar cuerpo y vida en defensa de la familia, la comunidad y la nación, que trae aparejado los derechos del ciudadano. Como observó Jean Bethke Elshtain, esta ideología plantea al hombre como “guerrero justo” y a la mujer no combatiente como “el ángel del hogar”, la que sufre los estragos enviando sus hijos a la guerra y guardando luto para los sacrificados.⁸⁶ Este tipo de ideas se observa en el lenguaje de los escritos de la Revolución que subraya virilidad, valentía y el buen padre como fundamentos de la masculinidad. Las esposas e hijas de los trabajadores de Oaxaca, miembros de la Agrupación Feminista Josefa Ortiz de Domínguez, defendieron el honor de Juárez Maza, “el buen padre”, cuya hombría había sido atacada, mientras que ellas acusaron de “cobardes y afeminados” a los hombres que no se atrevieron a participar en su campaña.

No hay duda que en ese momento, la Revolución tuvo un impacto significativo sobre las relaciones de género. Pero lo que también queda

⁸⁶ Jean Bethke Elshtain, *op. cit.*, pp. XII-XIII y 3-13.

claro es que la Revolución no hizo justicia a las mujeres, ni en términos de percibir remuneración por sus servicios (en todo México, sólo unos centenares de mujeres recibieron pensiones)⁸⁷ ni en términos de una legislación progresista —con pocas excepciones, como la ley de divorcio de Carranza— ni mucho menos en el reconocimiento de su derecho al voto. Con mucha razón Tina Huaga le mentó la madre a Charis. Tampoco recibieron el justo reconocimiento por su actuación en la historiografía; su historia sólo se encuentra en fragmentos dispersos, en el mejor de los casos tristemente trivializada, pero con más frecuencia olvidada y enterrada. Como observó Carlos Monsiváis, aunque al papel de las mujeres en la Revolución podría haber sido muy significativo, el patriarcado siempre ha echado mano de “infinitas estrategias” para ocultar y disimular la actuación de las mujeres.⁸⁸

No obstante, ya se va resarcido esta situación: en todo México y en el extranjero se han publicado nuevos estudios que revelan la actuación de las mujeres en todos los aspectos de la historia del país. Como bien exigieron las valientes sufragistas oaxaqueñas en 1911, que las mujeres no podían ni debían “permanecer impasibles ante el monstruoso problema que dejó implantada la pasada y última revolución”, hoy los historiadores y las historiadoras no podemos tampoco permanecer impasibles ante el olvido historiográfico del que ellas han sido víctimas. No es suficiente dedicarnos solamente a rescatar y difundir su historia, urge también revelar las razones del porqué esas historias han sido olvidadas y menospreciadas. Al mismo tiempo, nos incumbe escribir una nueva historia de la Revolución que comprenda y valore la participación de toda la población del país.

⁸⁷ Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución mexicana...*, pp. 112 y ss. Véase el estudio de Martha Eva Rocha sobre las veteranas, *Los rostros de la rebeldía...*

⁸⁸ Carlos Monsiváis, “Foreword: When Gender...”, *op. cit.*, p. 5.